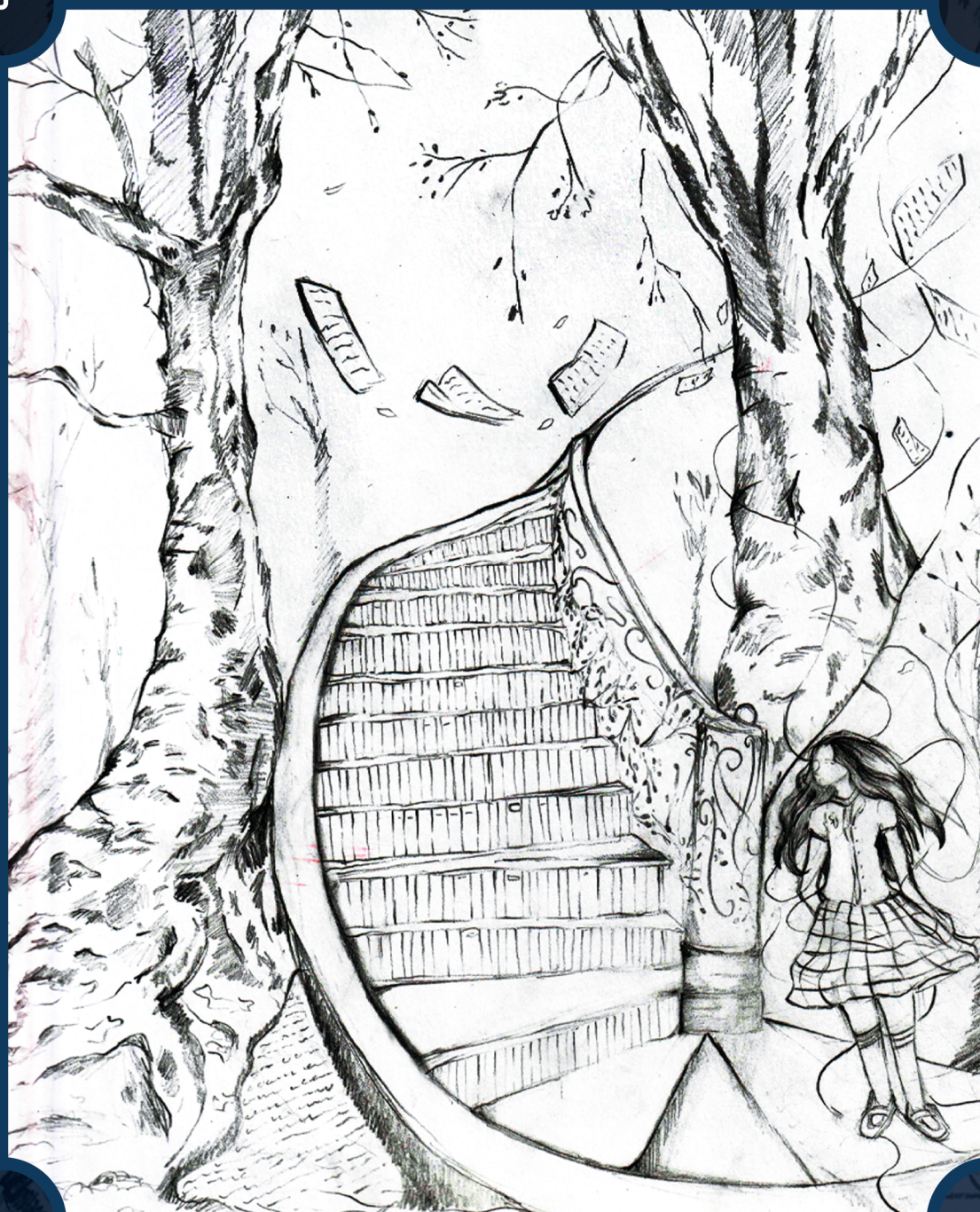


# XII CONCURSO DE CUENTO Y POESÍA "Madre Elisabeth Hanfland"



Colegio  
**SANTA URSULA**  
Desde 1936





**vive**  
**tu**  
**libertad**  
**crea**  
**literatura**



# Presentación

«Un lector vive mil vidas antes de morir. El que nunca lee solo vive una»

**George R.R. Martin**

Escribir y leer ficciones es una respuesta de rebeldía frente a la vida, un acto de libertad que se encarna en lo más profundo del abismo de las emociones humanas. Mario Vargas Llosa, en su libro de ensayos “La verdad de las mentiras” nos dice que en el corazón de toda obra llamea una protesta. Estas ideas constituyen la razón de ser de nuestro concurso: la libertad de crear y leer, la verdadera rebeldía a través del lenguaje escrito, el privilegio de convertirnos en creadores de realidades, de mundos paralelos de vida a través de la ficción, emociones a través de un verso.

Es por eso, que es una alegría muy grande presentar la 12° edición de los ganadores del Concurso de Cuento y Poesía “Madre Elisabeth Handfland”. Este evento tiene como objetivo desarrollar la escritura creativa, mejorar y desarrollar las habilidades de escritura, motivar a las estudiantes a desafiarse a sí mismas como constructoras de un mundo ficticio edificado con palabras, así como, explorar emociones, ideas y experiencias personales y convertirlas en una obra de arte.

Es así que desde hace doce años el Equipo de Comunicación brinda un espacio para que, a través de esta publicación, se muestre la creatividad, el corazón y el talento literario de los miembros de la familia ursulina quienes comparten su pasión, gusto y emoción por la literatura. Esta antología reúne los trabajos de las estudiantes, profesores, personal administrativo, de mantenimiento y padres de familia que participaron en este concurso y lo hicieron una vez más realidad a través de la publicación de estas páginas.

Esperamos que todas estas obras sean de su agrado y que a través de ellas, queridos lectores, se unan viviendo en libertad, creando y viviendo Literatura.

Equipo de Comunicación

## **EQUIPO DIRECTIVO**

Ana María Reyes - Directora Académica

Carmen Concha Tenorio - Directora General

Catherine Sotil Brown - Coordinadora de nivel secundaria

Madre Virginia Vásquez, OSU-Dirección de Administración y Finanzas

M. Rosana Villegas, OSU - Superiora de la Orden Ursulina en el Perú

M. Lina Calle, OSU - Directora de Pastoral

Mariana Parra Del Riego Duany - Coordinadora de nivel inicial

Rosa Tapia Claros - Directora de Formación y Familia

Sofía Díaz Durand - Coordinadora de nivel primaria

## **ÁREA DE COMUNICACIÓN**

Ana María Soto Cajacuri

Cecilia Souza - Ferreira Bataglini

Marco Berrocal Hoyos

Oswaldo Díaz Chávez

Williams Monroy Arcaya

XII Concurso de Cuento y Poesía “Madre Elisabeth Hanfland”

Derechos reservados 2023

Este boletín literario está elaborado para uso exclusivamente interno  
del centro educativo.

Colegio Santa Ursula

Salamanca 125 - Nicolás de Rivera 132, San Isidro.





Colegio

SANTA URSULA

Desde 1936

---

# **XII CONCURSO DE CUENTO Y POESÍA** **“Madre Elisabeth Hanfland”**

# Cuentos

Categorías:

A, B, C y D

CUENTO

CATEGORÍA "A"

**1<sup>er</sup> Puesto**  
**Bianca Zapata Caycho**  
**6° "B"**



## **“Por la música de mi vida”**

En Asia Central, específicamente en Afganistán, vivía una niña llamada Yahaira, de tan solo 7 años. Durante toda su niñez su Padre Abdul la trató muy mal, no le dejaba jugar, comer bien y escuchar música. En su casa tenían un gramófono, sin embargo, nunca lo utilizaban, pero lo que nadie sabía era que ella, en la noche y mientras todos dormían, se llevaba el gramófono a su cuarto y ponía un disco de música clásica, que era lo que más le encantaba escuchar.

Cada vez que lo hacía sentía un gran aprecio al violín, su sonido le fascinaba y las pequeñas explicaciones que daban la entretenían un montón. Durante tres años ella armó un violín, tallándolo con la madera que encontraba en la basura o en la calle. Este violín sonaba perfecto y a pesar de ser sencillo, le gustaba mucho. Con el paso del tiempo su padre comenzó a descubrir que algo escondía su hija en la noche. Una vez, mientras Yahaira creía que nadie la escuchaba, comenzó a tocar. En eso, su padre entró en su habitación y dijo: —¿Cómo es posible que estés haciendo esto!? —le incriminó gritando.

Entonces, le arrebató el violín del cuello y lo tiró a la chimenea de la habitación, en la cual el fuego ardía bastante. Yahaira tuvo que ver cómo el violín, que tanto esfuerzo le costó y al que tanto amor había dado, ahora ardía. Su padre se fue y ella intentó apagarlo con toda el agua que tenía cerca, y lo logró, pero las cuerdas se habían quemado y el violín estaba medio destruido; felizmente era reparable.

Ya casi amanecía y Yahaira, por la pena y dolor que sentía, armó una maleta en la cual metió su violín, ropa, un poco de comida, el gramófono y cosas básicas. Se iba a marchar de su casa. Sus padres, que se levantaban un poco tarde, no prestaron atención a la puerta principal, que se abría y se cerraba. Yahaira, que ya tenía 10 años, caminó durante dos horas hasta llegar a una cabaña antigua, abandonada y que ya nadie utilizaba. Decidió instalarse ahí. La cabaña estaba un poco lejos del pueblo, pero aun así, se podía escuchar con facilidad y claridad los ruidos fuertes (como el del violín)



provenientes del nuevo hogar de Yahaira. Como ella no tenía planeado hacer que la vieran o supieran que estaba ahí, derribó las pequeñas ventanas de la cabaña y con retazos de madera que encontró, las tapó, aunque dejó una pequeña ventanita sin vidrio.

Durante una semana no tocó el violín ya que tenía que hacer habitable la cabaña, pero todas las noches, en bajo volumen, escuchaba al gramófono. Cuando terminó de arreglar la cabaña, Yahaira sacó el violín de su mochila y lo contempló. Algo había cambiado en ella, la energía inocente y dulce que tenía se transformó en dolor, furia y rencor. Aquellas emociones le abrieron camino para poder alcanzar su máximo potencial.

Sin embargo, en su pueblo, sus padres se asustaron al ver que ella no estaba. Su padre pidió prestada pluma y papel de un conocido, porque, como escuchó que a su hija le gustaba la música clásica y al ver que desapareció también el gramófono, decidió escribir un afiche para avisar de que su hija estaba perdida.

Una noche, mientras Yahaira estaba escuchando el gramófono, percibió que en su pueblo pasaba algo raro. Rápidamente salió para averiguar y vio el anuncio de que una niña (ella) estaba perdida. Aquel mensaje la conmovió, pero el rencor y dolor que tantos años había aguantado eran los que la dominaban. Al día siguiente se despertó y cogió su violín, una hoja y una pluma. Como en el disco que escuchaba explicaban algunas cosas de música, ella aprendió las notas, los pentagramas etc..., y por eso era capaz de componer, aunque nunca lo había hecho ya que no tuvo tiempo y tanta inspiración.

Contenía tanto dolor que ya no le cabía más dentro de ella, por lo que lo tenía que expulsarlo de alguna manera: tocar su violín y componer. Entonces, Yahaira cogió su pluma y puso la primera nota. Al cabo de media hora ya tenía toda una obra compuesta, era tan intensa que ella misma se sorprendió y comenzó a tocar y tocar con tanta emoción que la música llegó a su pueblo. En él, todos los habitantes, que aún dormían, se sorprendieron al escuchar tan preciosa melodía, por ello se despertaron y sin importar el hecho de estar en pijama, salieron a apreciar aquel sonido tan hermoso, casi milagroso. Los padres de Yahaira también escucharon aquella melodiosa música. Por un momento pensaron que podría ser su hija perdida, pero, aunque lo fuera, nadie sabía de dónde venía. Algunos creían que era un ángel, otros un ser maligno, mientras que otros pensaban que quizá era alguien normal, con un talento excepcional que se escondía de todos. Pero en realidad era Yahaira, que tocaba con el corazón en la mano. Con el pasar de los días, al despertar, componía y tocaba su violín. Como lo hacía bien temprano, era casi como el despertador de todo el pueblo, ya que todos querían escucharla.

Había pasado medio año desde que ella había desaparecido y Yahaira deseaba más. No quería ser solo un ser misterioso, quería ser conocida, pero no ahí. Armó otra vez su mochila, el poco dinero que tenía, obviamente su violín y demás materiales. Ella quería ir a Europa, específicamente a Viena, que era la ciudad de la música.

Entonces, pasó por barcos, trenes y demás transportes hasta que llegó a su destino. Ahí comenzó a tocar en la calle, donde ganó dinero suficiente para tener un minidepartamento, y eso hizo. Vivió en ese lugar durante todo un año, lo mantenía vendiendo sus obras y ofreciendo las composiciones que escribía, pero ella otra vez quería más, por lo que vendió su departamento y con el dinero obtenido decidió viajar a Alemania. Más o menos la época en que todo pasó fue en 1890. En ese tiempo creían en la brujería y quemaban a muchas personas, a veces inocentes, por pensar que eran brujas o hechiceros. De hecho, entre 1300 y 1850, Alemania quemó y/o ejecutó a más de 16.000 personas, aunque lo seguían haciendo. Cuando Yahaira llegó a Alemania de inmediato comenzó a tocar en las calles, donde la creían bruja por su talento tan impresionante como Paganini, de quien pensaron que había vendido su alma a cambio de talento.

Poco a poco corrió el rumor de que una chica misteriosa había llegado a Alemania y que en realidad era una bruja porque su talento era muy poco común y hasta antinatural. Yahaira se dio cuenta y comenzó, erróneamente, a usar un velo, el cual causó más temor en la población respecto a ella. Aunque Yahaira no se dio cuenta.

Pasaron los días hasta que aquellos rumores sobre la violinista llegaron a los oídos de la iglesia del lugar. Como la iglesia no toleraba a las brujas, decidieron, como hacían con todas las acusadas, buscar a la muchacha y quemarla en la hoguera. Yahaira se percató de que algo andaba mal en torno a ella y lo confirmó cuando sin querer escuchó a dos personas hablar sobre que ella estaba siendo acusada de bruja y la iban a condenar. Eso fue suficiente para ella.

Entonces corrió a su departamento y comenzó a contar sus ganancias para irse a cualquier otro lugar y salvarse, pero no le alcanzaba. Como no podía, ni quería volver a salir, comenzó a tocar su violín en su hogar. Desgraciadamente eso contribuyó a que la siguieran acusando de bruja, porque por su miedo, Yahaira comenzó a tocar más macabramente, cosa que daba mucho miedo a los ciudadanos. Con el pasar de los días, notó que ya no le quedaba comida y pese a tener aún mucho miedo, salió a comprar, pero para su desdicha la reconocieron y le tendieron una trampa. Cuando estaba a punto de pagar por lo que iba a comprar, alguien le dijo que estaba arrestada. Al voltear, presa del pánico, cayó inconsciente al suelo. Debido a eso la pudieron encarcelar sin

problemas. Cuando despertó se dio cuenta de que no estaba en su casa, ni en la tienda, sino en una habitación pequeña y fría.

De repente un desconocido le dijo:- Oye, sígueme porque vas a pagar por tus crímenes.

Yahaira, no entendió nada, solo que iba a pasarle algo muy malo. Pese a su temor siguió al hombre, que la condujo a su juicio. En él, la terminaron de condenar con la gente a favor. Luego la llevaron a la hoguera donde terminaría su vida. Antes le preguntaron cuál sería su último deseo y ella pidió que alguien le llevara su violín y que cuando le prendieran fuego, la quemaran junto a su acompañante: su violín. Su deseo fue cumplido. Cuando comenzó a arder la hoguera, sin saber cómo, tocó algo nuevo, una melodía tan inspiradora y bonita que no parecía que ella la estuviera tocando. Entonces, una niebla bien oscura apareció de la nada y la envolvió. De repente, una intensa luz cegó a todos los espectadores durante un pequeño momento.

Cuando todo terminó, la gente pudo mirar y descubrir que la violinista y su violín se habían convertido en piedra. Quedó así inmortalizado el último instante de ella tocando su violín. Mientras la niebla se disipaba, se podía escuchar la melodía que estaba tocando Yahaira cuando la luz la envolvió, tan suave y preciosa, como si un mismísimo ángel la estuviera tocando.



CUENTO

CATEGORÍA "A"

**2<sup>do</sup> Puesto**  
**Rafaela Collantes Gómez**  
**5<sup>o</sup> "A"**



### **"El pequeño Júpiter"**

Lo encontraron de muy pequeño, antes de la erupción de un volcán. Los guardabosques intentaban sacar toda la fauna de ese lugar. "Los Cazadores", por otro lado, pretendían matar a todas las especies posibles antes de que se extinguieran: primates, felinos y aves, para luego venderlos a un precio muy alto. El hábitat se iba destruir por completo debido a la lava. Al cabo de unos minutos, los cazadores alcanzaron a matar a la madre del pequeño Júpiter, el protagonista de esta historia.

Era una tarde muy nublada, con el cielo gris como las piedras. Los pronósticos del tiempo habían advertido que podía haber una erupción volcánica, ya que el volcán cercano a este poblado de la selva emitía unos ruidos muy extraños. Comenzaron a pedir que la gente evacuara, por eso casi nadie conoce esta historia. A este poblado le interesaba cuidar su gran variedad de flora y fauna, pero había un pequeño grupo de personas que se hacía llamar "Los Cazadores" que simplemente se metían en los bosques y selvas a cazar especies exóticas para luego negociarlas con otros pueblos vecinos. Al escuchar el anuncio de evacuación, "Los Cazadores" aprovecharon para escabullirse en lo más profundo de la selva, donde habitaban diferentes especies.

Los guardabosques más valientes también lo hicieron, pero con otro objetivo: salvar a las especies que podrían quedar extintas por la erupción. "Los Cazadores" tuvieron mucha suerte, ya que encontraron una familia de orangutanes. Al parecer la madre de toda esta familia escondió a su único hijo en el interior de un tronco de árbol. Tuvo éxito, pero ella no logró esconderse y lamentablemente fue asesinada. Los guardabosques llegaron justo antes de la erupción y encontraron al pequeño e indefenso orangután. Tenía la piel de color anaranjado con marrón, sin duda este pequeño orangután habría valido muchísimo dinero. Al sacarlo del tronco decidieron llevarlo con ellos, ya que pronto se estimaba el inicio de la erupción.

Al cabo de un rato, cuando ya toda la gente había evacuado, el volcán erupcionó. El cielo se tiñó de un negro chamuscado y un viento fuerte llevó las cenizas hacia el sur.

El tremendo ruido que hizo el volcán llegó a dejar sordas a una docena de personas, era la erupción más fuerte de la historia humana, tan grande que la llamaron Júpiter, como el planeta más grande del Sistema Solar. Así es como surgió el nombre de este pequeño orangután.

Pasaron los días y el volcán ya solo echaba humo y de vez en cuando, chorreaba del cráter un poco de lava. El pequeño Júpiter se quedó en la casa de un guardabosques que se ofreció de voluntario para cuidarlo. El pequeño Júpiter observaba todo lo que hacía su cuidador, que por cierto se llamaba Karl. Él era muy trabajador, acostumbrado a vivir solo y totalmente solidario, siempre se ofrecía a cuidar la selva en plena noche y acoger a familias nuevas en el pueblo, era muy amable. Sin embargo, poco a poco, muy a su pesar, Karl se dio cuenta que no podía convivir con Júpiter, ya que saltaba de un lado a otro sin control y podría hacerse daño. Decidió que lo llevaría a la “Sociedad de Cuidado de Flora y Fauna en Peligro de Extinción”, para resumir SCFFPE. Esta se encargaba de darles un hábitat artificial a las especies de flora y fauna en peligro de extinción.

Al día siguiente, llevó a Júpiter a la SCFFPE donde lo recibieron con mucha amabilidad, lo llevaron a un hábitat selvático y prometieron cuidar bien de él. Karl se quiso quedar un rato más, pero inmediatamente los guardias de seguridad lo echaron del edificio de mala manera. Le cerraron la puerta en las narices y se fue desilusionado. Se quedó preocupado temiendo haber dejado a Júpiter en el lugar incorrecto.

Cuando Karl se fue, o más bien dicho, cuando lo echaron, entró desde otra habitación una señora con traje azul noche, lentes negros y oscuros y unos aretes que parecían de oro puro. Tenía un montón de joyas que colgaban de su cuello y muñecas, andaba a paso seguro con unos tacones de unos 8 cm de alto, por lo menos. Se acercó al hábitat de Júpiter y lo observó. Luego de un rato y dijo: —Traigan las agujas. —¡Sí, jefa! — respondieron el resto de guardias. Agujas, ¿para qué agujas?, supongo que te preguntarás, pero poco a poco. Después que las trajeron, comenzaron a pinchar al pobre y pequeño Júpiter por todas partes de su hermoso y anaranjado pelaje. Júpiter gimoteaba y se movía para evitar que lo pinchen más. Después de que la jefa viera los resultados de todas las pinchadas dijo: —Está en condiciones para la evolución, comencemos el proceso.

Estarás bastante confundido, pero llegó el momento de la explicación. Resulta que esta sociedad no se encargaba únicamente de darles un hábitat, comida u otros recursos necesarios para vivir, sino también de comenzar “la evolución” de los animales. Esto para tenerlos como sirvientes, trabajadores o cualquier otra cosa que les dé flojera hacer

a los humanos; y esta era su oportunidad. Los primates, entre ellos los orangutanes, son la especie con inteligencia más desarrollada entre el resto de animales existentes hasta el momento. También, en verdad, se llamaba Sociedad Secreta para Especies en Proceso de Evolución y para abreviar SSEE.

Con los animales que les entregaban comenzaban a hacer pruebas de ADN para ver si los tenían suficientemente desarrollados para comenzar a evolucionarlos artificialmente. Era una gran oportunidad para lograr desarrollar esa pequeña pero prometedora mente de orangután.

Comenzaron a ponerle unos cascos con luces de diferentes colores y pantallas en las que aparecía el grado de inteligencia. El 100% significaba que tenían la misma cantidad de inteligencia que tú o yo, pero Júpiter tenía solo 60%. Resulta que Júpiter tenía una inteligencia anormalmente desarrollada para los orangutanes, además había estado un tiempo considerable junto a Karl, observando y aprendiendo de todo lo que él hacía. Era como un bebé humano que observa a sus padres y poco a poco va comenzando a gatear, luego a caminar, después a correr y en fin, era un ciclo. Así era el pequeño Júpiter.

Estos científicos, porque al fin y al cabo lo eran, predecían que Júpiter podría, si es que le hacían varios experimentos, llegar a hablar. Todos estaban ansiosos por ver evolucionar a Júpiter, pero te preguntarás ¿Cómo? Hay muchas personas que se preguntan eso, como los antiguos trabajadores de SSEE, aunque supuestamente ya lo deberían saber; lástima que cuando se jubilan les borran la memoria sobre todo su tiempo de trabajo y los reemplazan por otros.

En este caso, además hicieron un circuito de obstáculos para que Júpiter pasara. Este circuito recreaba el paisaje de una ciudad. Pusieron a Júpiter en la esquina opuesta a la que habían colocado un semáforo en rojo. Le hacían señas a Júpiter para que avanzara, pero él los miraba confundido. Había visto muchas veces a Karl cruzar la calle, así que ya sabía que en rojo no se cruzaba. Cuando el semáforo se puso en verde recién Júpiter se movió hacia la otra esquina.

Por otro lado, Karl seguía preocupado por Júpiter, pasaba los días claros y las noches oscuras pensando en él. Un lunes se cansó de todo esto y decidió que iría a SCFFPE ese mismo día. Al atardecer se montó en su camioneta y manejó hasta SCFFPE. Era un largo camino a través de las dunas desérticas a las afueras del pueblo. Cuando llegó al lugar indicado no fue directamente a la puerta, sino a la ventana. Justamente desde ahí se veía el hábitat de Júpiter, pero él no estaba. Se fue hacia la siguiente ventana que daba hacia el laboratorio secreto, ahí lo vio. Él logró mirarlo y se escapó de las



manos de los científicos saltando directo hacia Karl. Los científicos sorprendidos activaron todas las alarmas, ya que Júpiter, que había logrado un 73% en el desarrollo de inteligencia, abrió la ventana y saltó hacia Karl con un abrazo. Karl sonrió, pero luego miró con furia a los científicos pues imaginó todo lo que había pasado su amigo.

—¡Protocolo exterior! —gritó por un intercomunicador uno de los científicos.

Al instante llegaron unas personas vestidas todas de negro. Tenían lentes oscuros y zapatos negros que parecían recién lustrados. Corrieron hacia Karl y Júpiter, que estaba muy atento a todo. Saltó de los brazos de Karl hacia una mujer toda de negro, arañándole la cara. Luego, saltó a otro y luego a otro y así sucesivamente. Solo quedaban unos cuantos, pero al ver la cara enojada de Júpiter decidieron mejor no acercarse. Karl y Júpiter se abrazaron, eran la pareja perfecta y resulta, que al vencer a todos esos hombres de negro desarrolló defensa, lo que le subió a un 75% la medida de inteligencia.

Después, Karl se llevó a Júpiter a casa nuevamente para retomar su vida normal. Él se fue a trabajar y dejó a Júpiter en casa. Él se paseó por el dormitorio y vio una foto de Karl. Se quedó mirándola un buen rato hasta que dijo: —Papá. Cuando Karl llegó, Júpiter repitió en frente de él: —Papá.

Al escuchar esto, a Karl se le salió una lágrima de emoción, ahora tenía la seguridad de lo que le habían hecho a Júpiter en el lugar donde él lo dejó.

Desde ese entonces Karl comenzó a enseñarle por su propia cuenta, sin cascos ni agujas. Poco a poco nuestro pequeño protagonista decía palabras como papá, comida, sueño, salir, jugar y otras más. Al pasar los días comenzó a decir frases.

Nuestro pequeño orangután se sentía en el hogar, le habían caído bien la gente del SSEE, pero en el fondo de su corazón siempre tendría grabada a su familia orangután.

CUENTO  
CATEGORÍA "A"

3<sup>er</sup> Puesto  
Kamila López Neyra  
5° "C"



### “Hilton Mcworth”

En una calle solitaria se encontraba Elías, deambulando, hasta que se le acercó alguien y le dijo –Oye, tú –y como Elías trabajaba en una comisaría, rió al mismo tiempo que olvidaba totalmente su labor, pensando si aquel tío estaba mal de la cabeza. Hasta que el extraño le ató sus manos al tiempo que le preguntaba:

—Sabes que tu padre era del ejército ¿verdad? —¿Y eso te importa a ti? —bramó Elías forcejeando.

—Creo que te gustaría saber que tu padre mató a mi hermano, en el intento de atraparlo.

—Me importa un comino que mi padre haya matado al bravucón de tu hermano —afirmó Elías.

—Bueno, entonces también te gustaría enterarte que tu padre...—Deja de decir tonterías —gritó Elías interrumpiéndolo.

—Entonces, como ya me habrás oído tu padre mató... Mi padre no hizo nada, pedazo de inmundicia —bramó Elías con desprecio mientras forcejeaba.

—Puedo demostrártelo, si revisas las cámaras de seguridad de hace... —Ya..., si me vas a generar tantos problemas por algo tan simple; mi padre lo mató por ser un criminal —interrumpió Elías con sarcasmo.

—Y ahora que me lo recuerdas te vine a arrestar —le dijo Elías.

—Ja, ja, ja... ¡tú arrestarme a mí! ¿estás mal de la cabeza? —exclamó con desprecio el extraño.

—¿Te has vuelto loco? —le dijo Elías severamente al mismo tiempo que desataba sus manos disimuladamente de la cuerda que las unía y marcaba un número de celular rápida y disimuladamente. Y en lo menos que canta un gallo aparecieron patrullas de policía haciendo que en poco tiempo arrestaran al extraño con el cual había estado discutiendo.

—Hola, ¿por qué hiciste que arrestáramos al extraño? —preguntó Jeison después de aquel suceso.

—Eh..., bueno porque me tenía atado —respondió poco convincente Elías.

Desde entonces no pasó nada fuera de lo común en la comisaría y todo ocurrió como normalmente pasaba hasta que, tres semanas después, se presentó otro caso, el cual no parecía tener a alguien culpable.

—Hola, Jeison ¿tenemos un nuevo caso? —preguntó Elías.

—Sí, tenemos otro y aún no se sabe de qué se trata —respondió Jeison.

—No lo entiendo, Jeison, si tenemos un caso significa que ha sucedido algo ¿no? —dijo Elías.

—Bueno, en gran parte tienes razón. Eh... básicamente nuestro caso se basa en que nadie se ha acercado o ha llamado a las comisarías de la ciudad hace ya cinco meses, excepto tú, hace un poco más de dos semanas ¿entiendes? —explicó Jeison.

—Entonces, ¿tenemos que averiguar por qué la gente no acude a la comisaría en forma de auxilio desde los últimos cinco meses? —preguntó Elías.

—Sí —afirmó Jeison.

—Eh..., revisemos las cámaras de seguridad —propuso Elías.

—Ve a hacerlo tú, ¿quieres?, es un trabajo fácil —le dijo Jeison.

—¿Y, por qué no vas tú? —replicó.

—Yo no voy porque necesito examinar más detenidamente el documento en el cual nos dieron el caso que tenemos —explicó Jeison.

—Ya, voy yo —dijo Elías cuando cerraba de un porrazo la puerta de su despacho e iba a la oficina de las cámaras de seguridad.

Tiempo después de revisarlas, dedujo que era una casualidad que nadie hubiera acudido a la comisaría, y pasaron meses y meses, pero nadie se asomó siquiera a la puerta. Hasta que una señora llamó al número telefónico de la comisaría y afirmó que estaba atrapada en el sótano de la comisaría y que no había podido llamar antes porque su teléfono móvil no tenía señal al estar bajo tierra.

Como contestó Elías, tuvo que bajar por las escaleras del primer piso al sótano y se dio con la gran sorpresa de que, evidentemente, no solo estaba la señora que llamó, sino que

se encontraba abarrotado de personas que, al rato, evacuaban desesperadamente por las escaleras. Al cabo de media hora solo quedaba un poco más de una docena de personas, las cuales fueron entrevistadas y explicaron que terminaron ahí cayendo por una ventana que daba al sótano. Sin embargo, se evidenció que la comisaría carecía de ventanas que se conectaban con el exterior, por lo que se pudo demostrar que las personas que fueron entrevistadas mintieron.

Después de un par de meses todo siguió igual. No obstante, ninguna de las personas que estuvieron en el sótano negaron que no entraron por las ventanas. Por otro lado, el caso que habían estado analizando, Jeison y Elías aún no había llegado a su fin, por lo que tenían mucho por investigar...

—Elías, creo que tengo la solución al caso —dijo Jeison.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elías.

—Verás, en toda nuestra trayectoria de trabajo aquí, hemos ido tras un culpable, pero nunca nos hemos propuesto ir a través —explicó Jeison.

—No logré entenderte —repuso Elías.

—Te habrás dado cuenta de que siempre hacemos lo mismo cuando tenemos un caso ¿no? —preguntó Jeison.

—Sí —respondió Elías.

—Claro, pero nunca hemos hecho algo más sencillo y fácil como revisar los periódicos o incluso información de la sala de finalización de casos —mencionó Jeison.

—¿Quieres decir que encontraste la solución en alguno de los montones de periódicos que tenemos sobre el escritorio, los cuales nunca llegamos a leer? —preguntó Elías.

—Exacto —afirmó Jeison.

—Ya, ¿cuál es? —preguntó Elías.

—Bueno, es encarcelar a Robert Mcworth —respondió Jeison.

—No llegó a entender de qué nos serviría eso —repuso Elías.

—Observa esto, ¿no te parece familiar? —le dijo Jeison, mostrándole un periódico de hace trece años en el cual decía que Robert Mcworth le había pagado a un grupo de jóvenes para que se quedaran en un centro comercial y robaron objetos valiosos con la excusa de estar atrapados en algún sitio.

—Ya entiendo —dijo Elías.

—Por casualidad, ¿viste la última ubicación de Robert Mcworth en algún periódico? —preguntó Elías.

—No —respondió Jeison.

—Ya encontraremos algo —dijo Elías.

—Tienes razón, al menos sabemos cómo es su aspecto físico —dijo con ánimo, Jeison.

Después de horas y horas de estar leyendo periódicos en vano, a Elías se le ocurrió revisar las cámaras de seguridad, pero no encontró nada, por lo que lo único que faltaba por hacer era preguntarles a las personas que estuvieron en el sótano, qué había ocurrido en realidad. Así que Jeison y Elías emprendieron camino hacia el centro de la ciudad y se dieron la gran sorpresa de que las calles estaban desiertas y de que no había casi nadie en los parques. Entonces, tuvieron que ir a buscar a las personas que habían estado en el sótano a pie, y justo en el instante en el que salían de la puerta de la comisaría todo era muy distinto a diferencia de hacía cinco minutos, debido a que la vez anterior las calles estaban desiertas, pero en ese instante estaban igual de abarrotadas que siempre, por lo que se les haría fácil encontrar la gente.

—Jeison, creo que algún sujeto de esos estuvo en el sótano —opinó Elías.

—Tienes razón, yo también lo recuerdo. Me hablas del sujeto que tiene pelo, ojos negros y gafas ¿no? —preguntó Jeison.

—Sí, de él precisamente —respondió Elías.

—Pues, vayamos a interrogarlo —propuso Jeison.

—Ya —respondió Elías caminando hacia aquel joven, algo perplejo.

—Buenas tardes, señor quisiéramos hacerle unas cuantas de preguntas —dijo Elías.

—Usted estuvo atrapado en un sótano hace unos meses ¿no? —preguntó Jeison.

—Sí —respondió dudando.

—Y, ¿cómo llegó usted hacia ese lugar? —Yo, simplemente caminaba y sucedió algo extraño y termine ahí, no sé si me explico —expresó el joven.

—Mire señor, nosotros solo queremos averiguar cómo es que usted y las demás personas terminaron ahí, ya que ni el sótano y ni el primer y segundo piso de la comisaría tienen conexión con el exterior —explicó Jeison al tiempo que sacaba el periódico donde salía

Robert Mcworth y le cuestionaba: —Señor, ¿no tendrá usted algo que ver con esto? —dijo Jeison plantándole el periódico en la cara.

—No —respondió tímidamente el joven.

—Miente, diga la verdad o lo encarcelamos —dijo Elías al joven, que muy sigilosa y disimuladamente sacaba un arma del bolsillo de su sudadera y decía: —Ustedes ya no me pueden hacer absolutamente nada, son un par de idiotas que no se dan cuenta de que Robert Mcworth ya murió porque yo lo maté hace un par de meses —le dijo el joven al borde de matarse de la risa.

—No me dejan más opción, ya les dije las respuestas a sus preguntas y esta es su paga —les dijo el joven en tono amenazante con el arma en alto.

—Tú no nos harás nada, pedazo de inmundicia —gritó Elías.

—¿Eso crees? —les dijo el joven mientras le disparaba a Jeison.

—No creas que tú no serás el próximo —le dijo el joven cuando le intentaba disparar a Elías por tercera vez, y a la cuarta vez dio en el blanco.

—Eres... Eres... —dijo Elías.

—¿Soy qué? —le dijo a Elías mientras le disparaba de nuevo.

Después de aquel suceso el comisario decidió encargarles el caso a los otros empleados, pero corrieron la misma suerte que Jeison y Elías, y por eso tuvo que hacerlo él mismo, pero no dio en el blanco y tuvo que echar a correr y nunca se volvió a ubicar y a ver a Hilton Mcworth, por lo que el caso nunca concluyó.

CUENTO

CATEGORÍA "B"

1<sup>er</sup> Puesto

Rafaella Carrasco Tapia

8° "C"



## Número 16071992

Estudios de la Universidad de Hadassah, en Jerusalén, confirman que es posible que cuando uno está a punto de morir, puede ver pasar su vida delante de sus ojos. Exactamente lo que le ocurrió a Aurelio dos metros antes de golpear el suelo adoquinado de su calle.

Aurelio Sánchez recordó el día que conoció a Marcela. Ambos habían ingresado a la facultad de economía al final del verano de 1998 y coincidieron en la primera clase. Él se sentó casi por instinto a su lado. Podía recordar vivamente su perfume. Una mezcla rara pero intoxicante de jazmín y vainilla. Marcela, en un inicio, fue indiferente o tal vez solo distraída.

En aquella época, Aurelio vivía con su hermana mayor, Amelia, de 23 años y su abuela paterna, Carmen Recabarren, una señora de 80 años con un carácter amable pero recio, forjado por una crianza antigua, pero sobre todo, por la tardía carga de asumir el cuidado de sus nietos desde hacía 6 años tras la repentina pérdida de su único hijo y su nuera en el atentado de Sendero Luminoso en la Calle Tarata el 16 de julio de 1992.

Tal vez, fue esta indigna fecha, la que marcó el punto de inflexión en el carácter de Aurelio. Antes de esto, solía ser un niño alegre y cariñoso, aunque de pocos amigos. También era curioso, desentendido y bastante impulsivo, característica que heredó de su padre y lo acompañó toda su vida. Aurelio Sánchez Recabarren era un hombre alto y de contextura gruesa. Había sido bombero por 20 años y tenía un alto cargo en una empresa estatal petrolera. Aurelio lo admiraba debido a su imagen ruda y lo creía indestructible. Cuando recibió la trágica noticia de su muerte y la de su madre, su mundo se desarmó por completo. Seguiría siendo un niño amable, aunque introvertido, reservado y sombrío, pero a la vez se hizo más notable su carácter impulsivo. Esta combinación, con el tiempo, lo convirtió en una persona inestable y explosiva.



Cuando Aurelio por fin se animó a hablarle a Marcela, ella lo encontró algo extraño, pero de alguna manera interesante. A las pocas semanas se habían vuelto entrañables. Aurelio encontró en ella un alivio al dolor sordo que sentía, al principio fue algo tierno e inocente, pero con el tiempo se fue deteriorando y convirtiéndose en una relación ponzoñosa. Marcela empezó a percibirlo como alguien asfixiante y agobiante. Durante muchos años tuvieron una relación virulenta y demandante. Sin planearlo Marcela salió embarazada y eso solo terminó de deteriorar más la relación.

Sacó un vaso sucio, rajado y mal oliente del gabinete de la cocina. Se sirvió lo que quedaba de aquel ron barato que solía tomar y que había comprado junto a un boleto de lotería como solía hacer todos los domingos, con la esperanza que el número 16071992, que usaba siempre, lo sacara de la angustia de no tener dinero ni un trabajo que lo hiciera sentir digno. Levantó la mirada y reconoció lo miserable que se había vuelto su vida. Vivía en el viejo departamento que había heredado de sus padres, donde había vivido con su abuela y su hermana. Este era grande y en el tiempo de sus padres, lujoso y poco habitual, pero ahora era un cuchitril descuidado debido al poco mantenimiento que recibía y a la falta de limpieza. Aurelio vivía ahí solo desde que su abuela murió de vejez y tristeza a los 86 años. Su único e inesperado bisnieto, el pequeño Aurelio (le pusieron Aurelio en honor a su abuelo, Aurelio Sánchez Recabarren), había nacido un año antes de que la señora Carmen muriera; sin embargo, casi no lo había podido ver. Cuando apenas tenía un par de meses de nacido, Marcela decidió marcharse a España, agobiada por la relación insana que tenía con Aurelio, el padre.

Por otro lado, su nieta Amelia había decidido largarse del país. Ese país gris y violento que le quitó a sus padres en un acto inhumano e infame. Para cuando su abuela murió ella ya tenía 3 años viviendo en Buenos Aires. A pesar de estar a tan solo cuatro horas y media de vuelo, nunca miró atrás. Ni siquiera volvió para darle un último adiós. Tampoco hablaba con Aurelio. Se habían distanciado mucho antes que tomara ese avión con destino al olvido.

Entre la borrachera y la desesperación de la devastadora llamada que había recibido, se resignó a hacer lo que hacía siempre cuando tenía que enfrentar un problema. Salió de su casa con la vista aún nublada y se dirigió a la tienda de la esquina. Se acercó al anaquel y sacó el licor más fuerte y barato que encontró. Se acercó a la caja y pagó en efectivo.

Regresó a su departamento y se dejó caer abatido en un viejo sofá. Prendió el televisor para sentir compañía. Lo hacía siempre. Estaba solo. Se sentía solo. Trataba de pensar o tal vez olvidar la llamada que había recibido, como si nunca hubiera pasado. Marcela y su hijo Aurelio Sánchez Valverde, ahora de 20 años, había sufrido un accidente de auto. Aurelio tenía la columna fracturada y su madre estaba muerta. Necesitaba operarse urgentemente. Necesitaba dinero.

No prestaba atención al programa que había puesto en la televisión. De pronto, en el cambio de horario, como era usual, anunciaron el número ganador de la lotería: 16071992. Se quedó absorto, el número ganador era: 16071992. Se levantó, buscó el boleto ansiosamente en el cajón inferior del velador izquierdo entre la cama y el baño, donde era costumbre dejarlo. No estaba ahí. Buscó una y otra vez, él sabía que tenía que estar ahí, siempre lo ponía ahí. La cólera se apoderó de él.

-Maldición, maldición- gruñó.

Desarmó el departamento, buscó en el otro cajón, buscó de nuevo en el primer cajón, debajo de la cama. No estaba en ninguna parte. Tal vez se lo robaron -pensó- imposible, nadie ha entrado en este departamento en mucho tiempo, nadie más que yo.

Cansado y abatido, se dejó caer en el suelo. No era posible. Sentía que las paredes se achicaban, necesitaba aire, salió al balcón para despejar la cabeza. Absorto ante la imposibilidad de lo que acababa de ocurrir, se quedó mirando al vacío con lágrimas en los ojos y se cuestionó. ¿Merezco una suerte tan ruin? Sintió un frío extraño. Si no existiera no pasaría nada, no haría la diferencia, nadie me extrañaría, así no sufriría. Ni siquiera soy capaz de ayudar a mi hijo. Al final todo aquel que conozco se termina alejando o muriendo.

¿Qué hace que una persona rompa su instinto más primitivo que es el de la supervivencia?

Parado en el balcón ahora en un estado de calma absoluta e inexplicable, Aurelio Sánchez miró hacia abajo, vio el suelo adoquinado de la calle que habían puesto la semana pasada y de un impulso, sin pensarlo, se lanzó. Mientras caía pensó en el día que sus padres murieron, recordó el perfume de Marcela, el día que la conoció, pensó en su abuela y que hubiera querido despedirse de Amelia. Pensó en el tiempo que no

pasó con su hijo y su último recuerdo fue el día que compró el boleto de lotería, recordó que ese día había llovido, que llevaba puesto su sacón negro y pesado que rara vez usaba y al regresar a casa lo había dejado colgado en el perchero. Y justo antes del golpe, recordó: ¡El bolsillo!, ¡el boleto está en el bolsillo!

**CUENTO**

**CATEGORÍA "B"**

**2<sup>do</sup> Puesto**  
**Julieta Reyes Alarcón**  
**8° "B"**



### **“La desgracia de la infinita locura de mi ser”**

Tal vez, para cuando esto llegue a sus manos y sea leído por ustedes, mi cuerpo y alma no seguirán en este mundo. No es que esté guardando un gran secreto, ni mucho menos tengo una importante información en mis manos que pueda salvar a esta creación, llamada por muchos, “divina”, de las perdiciones de la vida. Al contrario, yo soy una de esas perdiciones, abandonadas, sin sentido o propósito fijo. No, al relatar esto no busco que alguien comprenda mi miseria y locura o sentirme aceptado, ni mucho menos querido, sino, perturbarlos y deslumbrarlos, con mi última hazaña antes de conocer por fin, el roce de la muerte.

La sangre corría desenfrenadamente entre mis manos, fluía como las gotas en el cuerpo de uno cuando termina de ducharse y no es capaz de secarse completamente, solo que en este caso las gotas, o en esta situación, la sangre no era mía. Ahí estaba yo, parado y estático, asombrándome cada vez más de lo que acababa de hacer. Había matado a alguien y me estaba embarrando con su sangre como, supuse yo, acto de victoria, tal como si fuese una ansia que llevaba queriendo saciar por un largo tiempo. No estaba arrepentido, no, en lo absoluto, más bien, era algo satisfactorio ver al cadáver inmóvil e indefenso, pero no piensen equivocadamente de mi loca mente, no era una experiencia la cual me causara placer y mucho menos regocijo, pero qué más podía hacer en aquella situación en la que yo solo me había posicionado como un asesino. Solo me quedaba presenciar aquel horrible y tan deslumbrante acto.

Antes de que pudiera hacer algún otro movimiento, sentí sudor en mi cara, manos y demás partes del cuerpo. Poco a poco la sensación de estar acalorado y empapado comenzó a agudizarse cada vez más. Abrí los ojos. Jadeé. De vuelta a la realidad demacrante que era mi vida. Me incorporé lentamente en mi cama y en un intento

hablando lo más bajo posible, como si alguien pudiese escucharme y juzgarme, me dije a mí mismo:

–Fue una simple pesadilla–en un intento de no sentirme culpable por los sentimientos que acababa de experimentar unos minutos atrás.

Y claro, qué más pudo haber sido, sino una simple pesadilla, aunque no era la primera vez. En lo absoluto, uno ni siquiera podría decir que era algo rutinario, ya que estaríamos subestimando el caso, era mi vida ahora. Llevaba ya soñando con estos acontecimientos por casi un año, pocos días después de la muerte de mi hermano. Él, tipo dulce y amigable, cariñoso y atento con todos, inteligente y servicial, pero sobretodo, una persona fuerte por salir adelante conmigo cuando nos quedamos sin nada en esta vida al perder a nuestros padres. Fácilmente, el tipo de persona que todos quisieran conocer algún día, y que muchos, en mi entorno, habían idolatrado excesivamente, como si de un dios se tratase. Pero dentro de su alma, sólo en un recóndito lugar tan bien cerrado y oculto, que solo él podía abrir, se ocultaba un monstruo, lleno de odio y frustración, abandono y furia desenfundada, por la cual se dejaba guiar en sus acciones hacia mi ser, un pobre niño indefenso.

Durante mi niñez, había sido expuesto a toda clase de abusos por parte de él, múltiples veces, sin mencionar, por supuesto, toda la miseria y el odio que me generó hacia mi persona. Por esta misma razón, luego de su fatídica muerte, que muchos de nuestros conocidos habían lamentado incontrolablemente, había pasado por una suerte de terapias y hospitales, tras varios intentos de quitarme la vida, por lo tan injusta que encontraba a esta. La cólera y la furia se desencadenan dentro de mí. ¿Cómo se atrevía a hacerme la vida tan miserable para luego arrebatársela él mismo? Solo un ser con maldad hasta en los huesos podría hacer algo así, un infeliz.

Y es necesario decir, como si no fuese suficiente, que la muerte de mi hermano fue repentina y sin indicios. Era un martes cuando lo encontraron muerto, recuerdo haber recibido la llamada a horas altas de la mañana, cuando el estómago se llena de hambre y la gente ocupada sale de sus oficinas para darse un descanso de sus vidas cuadrículadas y poco interesantes. A él, lo encontraron muerto en su departamento, un amigo del trabajo había llamado a su departamento, tras no verlo en la oficina. Por lo que al ir a buscarlo a su hogar, se encontró con la perturbadora imagen de la escena del crimen. Su cadáver, con un cuchillo clavado en la mitad de su pecho y con la cara desfigurada por lo que parecían ser puñetes o golpes yacía en el piso lleno de sangre.

En un inicio, todo señalaba que había sido un homicidio, pero la policía no encontró ningún indicio de que alguna otra persona hubiese estado en el departamento por un largo tiempo, por lo que, después de encontrar algunas sustancias en su cuerpo, declararon el caso como un suicidio. La conclusión a la que los investigadores llegaron fue, que al estar bajo efectos del alcohol y drogas, se golpeó múltiples veces con ciertos muebles, y, en pleno apogeo de su falta de cordura, consumido por la desesperación y ansiedad que llevaba guardando por tanto tiempo, acabó por clavarse el cuchillo a la mitad del pecho.

Al ser el pariente más cercano que tenía, me vieron como principal sospechoso, aunque había cortado los lazos con él hace ya bastante tiempo. No recuerdo dónde estaba aquel día, cosa que intenté explicar a la policía, pero terminé por ser sometido al detector de mentiras y luego de ciertos análisis, concluyeron que solo estaba en un shock, por el “trauma” que me había dejado, el perder a mi hermano.

Pero no, yo estaba molesto, la ira me consumía, más de lo que yo pudiese controlar. Mi corazón palpitaba tan rápido como un compás, y de pronto, ya no era yo quien controlaba mis acciones y mucho menos mis pensamientos. La locura y la frustración me llevaron a un escenario en el que no creí estar más que en mis pesadillas.

Salí a un bar, no en busca de refugiarme en el alcohol, sino, en busca de una presa, alguien con quien poder saciar mis mayores deseos en ese momento y justo ahí la vi, una chica solitaria sentada en un rincón de la parte más oscura del local, un alma en pena a la cual le daría fin en unas pocas horas, según como se me diera por actuar. Me acerqué, con una sonrisa falsa en el rostro, cuando en verdad por dentro lo que más quería hacer era matar a todos y a cada uno de ese bar de mala muerte, y fingí ser un tipo amable, como lo hacía frente a todos siempre.

–Buenas noches, señorita– dije con una voz suave y amigable. ¿Podría acompañarla? Me miró directamente a los ojos y con la voz cansada me respondió.

–Adelante, señor– y se levantó de la mesa para irse, como si de alguna forma pudiera saber que mis intenciones con ella no eran más que horrorizantes y agónicas.

–¡Espere!– dije sonriéndole de modo compaciente, la he visto sola y me gustaría que me acompañara a beber unas copas, soy un hombre sin compañía, como podrá usted

observar. Me miró con un poco de pena, ya que ella y su miseria sabían bien lo que era no tener compañía, por lo que aceptó.

Los temas de conversación se volvían más y más profundos cada que nos tomábamos una copa, y en plena madrugada, la chica cayó en la mesa, profundamente desmayada e indefensa por efectos del alcohol. No tuve ningún problema ni nadie refutó cuando intenté llevarla a mi casa, ya que todos en el bar, nos habían observado hablar durante horas, como si nos conociéramos de toda una vida. Estaba listo para matarla. Llegué a mi casa y no lo dude más, empecé a clavar el cuchillo en su pecho, primero, de forma muy leve para que de alguna forma sintiera el dolor y agonía antes de irse, y de pronto, ¡zas! clave el cuchillo lo más profundo que pude y extendí el cadáver en la mesa, dónde se encontraba el control de la televisión. Inmediatamente se encendió y apareció en las noticias, la novedad, que los policías habían encontrado una camisa idéntica a la mía, en una escena del crimen de una mujer, quien había sido encontrada muerta hace unos días.

Entonces volteé, intentando huir con la mirada como si de alguna manera, los reporteros de aquella televisión pudiesen ver el acto tan repugnante que estaba realizando, cuando los vi en el espejo, esos ojos negros como el carbón, pero ¿cómo? Era algo imposible.

—¿Quién eres?!— le grité a la perturbadora imagen de mí mismo, qué estaba haciendo que mi ansiedad creciera a una velocidad inimaginable.

Sangre, sangre en mis manos de nuevo, ya lo había vivido antes, por supuesto que sí, pero no era un sueño, nunca lo fue, era totalmente real, un recuerdo. A diferencia de las demás veces, el recuerdo no cesó en ese punto. Se me mostró una parte que nunca antes se me había presentado. Y ahí lo vi, en el suelo, el cadáver quien se supone era yo, pero no lo era, era mi hermano. Era ese monstruo asesino. Más rápido de lo que mis palabras podrían expresar me empezaron a llegar miles de recuerdos. Los recuerdos de todos los crímenes que había cometido la otra persona que habitaba dentro de mí, el verdadero yo. De pronto todo dejó de ser un sueño, volví al momento en el que me quedé. Podía sentir la sangre correr en mis manos, pies, mi camiseta manchada de sangre y me encontré a una figura de lo que parecía ser yo, con un cuchillo mirando con una cara de horror hacia al espejo. Volví a voltear, deseando que de una vez, la pesadilla pare, pero no lo hizo. En la mesa, yacía el cuerpo de cierta chica del bar, de nuevo, con un cuchillo apuñalado en el pecho. Ahora lo había entendido todo, yo era el culpable del crimen y todos los sueños que tuve, nunca fueron “simples sueños”, para nada, eran



nada más que mis crímenes en una recopilación mandada por uno de todas las mentes que habitaban en mí, noche tras noche, agonía tras agonía, en un castigo que parecía ser eterno.

Como último acto de cordura y compasión hacía mí mismo, me entregué a las autoridades, quienes no tardaron en darme mi sentencia, la cual acabará con mi vida en unas pocas horas. No quiero que se apiaden de mí, ni que mucho menos me tomen como un maniático cuando mi cabeza esté colgando de aquella horca a la que muchos le temen, quiero que mi alma pueda ser limpiada de todos los infiernos que he hecho vivir y que he vivido en carne pura. No me arrepiento de nada, ya que la locura, ha sido la mejor de mis alegrías.

**CUENTO**

**CATEGORÍA "B"**

**3<sup>er</sup> Puesto**

**Fernanda Castillo Campos**

**7º "C"**



### **“Victoria Myers en el siglo XIX”**

- ¡Yo seré la reina Victoria! - dijo, con emoción, la pequeña Victoria, mientras agarraba su tiara de juguete.

-¡No se vale, siempre eres tú la reina!- dijo con amargura la hermana mayor de Victoria, Hellen.

-Es porque mi nombre es como el de la reina- contestó Victoria con orgullo.

Desde que la reina Victoria había ascendido al trono, la pequeña Victoria se sintió honrada de tener su nombre y se llamaba a sí misma “la pequeña reina Victoria”. Las hermanas siguieron con su discusión hasta que decidieron quién iba a ser quien para la fiesta de té.

Ese día había una mañana muy soleada y fresca, de la cual uno disfruta alegremente. La familia Myers vivía en una casa muy bonita y grande, cerca de Hyde Park. Tenían una vida muy cómoda y sofisticada. Victoria vivía con su hermana Hellen, su hermano Charles de 19 años, su madre, Adelle Myers, y su padre, Thomas Myers, un banquero y comerciante bien pagado que mantenía a la familia. Victoria era una niña muy bonita, tenía unos rizos dorados tan hermosos y una sonrisa encantadora, y al ser de una buena familia siempre llevaba delicados y preciosos vestidos de carísimas telas, su hermana Hellen también era una encantadora niña, tenía el pelo más oscuro que Victoria, pero seguía siendo bastante bonito y rizado, era unos cuantos años mayor que Victoria pero igual de traviesa que ella.

En Hyde Park la vida era muy dulce y pacífica. Los niños corrían por los parques con sus niñeras al lado y los bebés andaban en sus pequeños cochecitos. Las damas lucían extravagantes vestidos con unas sombrillas muy coquetas y adornadas, y los caballeros, con sus formales trajes, iban al trabajo en sus carruajes.

Las niñas estaban tomando el té cuando su madre entró a la habitación.

-Niñas, el almuerzo está listo, bajen rápido antes que la comida se enfríe- dijo su madre antes de mirar todo el desorden que había dentro de la habitación y sorprenderse.

-Lo ordenaremos todo después del almuerzo madre- dijo Hellen al ver la cara de su madre.

Las niñas bajaron a almorzar. La criada ya había puesto los platos en la mesa y la comida estaba siendo servida. Su padre estaba leyendo el periódico y su hermano justo había llegado a la casa para comer. Todos se sentaron a la mesa cuando la madre de Victoria les contó una buena noticia.

-La tía Gertrude nos invitó a un baile de disfraces, iremos mañana por la noche. Está tarde vamos a escoger nuestros disfraces- exclamó emocionada.

Las niñas se encontraron excitadas por la noticia y tal como dijo su madre fueron a comprar sus disfraces para el baile de disfraces por la tarde. Las pequeñas hermanas escogieron unos Jardinière que eran muy coquetos y tenían unas pequeñas canastas de paja a juego llenas de flores, el disfraz estaba hecho de unas carísimas telas y con tocados muy coloridos y tiernos.

El día del baile las niñas y su madre se estaban preparando para el baile cuando el carruaje llegó, salieron rápidamente y se subieron a este para dirigirse al lugar del baile. Victoria miraba a través de la ventana del carruaje el hermoso paisaje de Hyde Park, alumbrado por las farolas de gas. Cuando llegaron al lugar en donde se celebraba el baile, la tía Gertrude ya las estaba esperando. En el baile, toda la gente estaba vestida extravagantemente y todos lucían un simpático disfraz. A Victoria le encantaba asistir a los bailes de disfraces de su tía Gertrude, ella disfrutaba mucho esas reuniones.

-Vamos a la mesa de bocadillos- le dijo Hellen a su hermana.

Para Hellen la mesa de bocadillos era lo mejor de la fiesta, había toda clase de exquisitos bocadillos.

La noche ya había llegado, los mayordomos servían el vino a los más grandes, los niños se quedaban dormidos y muchas personas ya se alistaban para irse en su carruaje. Por eso de las once de la noche, Victoria, su hermana y su madre regresaron a la casa. Victoria se acostó en su cama y empezó a recordar los maravillosos momentos que había vivido en el baile, y poco a poco empezó a dormirse.

A la mañana siguiente, amaneció nublado y el cielo amenazaba fuertes lluvias. Victoria jugaba con sus bloques de madera en su habitación y su hermana Hellen recibía clases particulares de lectura y escritura en la sala. Al terminar las clases de Hellen, Victoria bajó a la cocina para almorzar. Después las dos hermanas se fueron a Hyde Park a dar un paseo junto a su niñera, Victoria buscaba coloridas flores y Hellen leía un libro bajo un árbol.

Victoria se sentó al lado de Hellen y le preguntó:

-Hellen, ¿dónde están papá y Charles?, se fueron ayer por la tarde y no regresan hasta ahora.

-Seguramente papá lo llevó a ver unos trámites del banco, quiere que Charles también sea banquero- respondió Hellen.

Victoria no le dio mucha importancia al tema y siguió en su búsqueda de flores.

Por la noche, su padre y su hermano llegaron a la casa y su madre los recibió. Victoria estaba dormida, pero se despertó al escuchar los ruidos que provenían del porche. Victoria fue hacia las escaleras y se quedó a escuchar la conversación. Al estar tan lejos, Victoria no podía escuchar casi nada. Oía susurros y alguna que otra palabra. De pronto...

-¡Charles!- escuchó decir en voz alta a su madre, se oía preocupada. La discusión siguió, pero Victoria no pudo escuchar nada más que eso. Regresó a la cama y se quedó profundamente dormida.

La tarde siguiente su madre parecía un poco intranquila y su padre había salido rápido a trabajar. Charles no estaba en casa y Hellen se fue a hacer un mandado. Victoria había comenzado recientemente a tomar clases particulares como su hermana y no le iba nada mal. Al terminar sus clases la madre de Victoria la llevó a comprar un nuevo sombrero y de paso se compró una sombrilla rosa muy bonita y adornada.

Pasaron unos cuantos días, hasta que una mañana toda la familia fue a la estación Paddington. Victoria no sabía muy bien qué hacían allí, estaba algo confundida. Su hermano iba vestido con un uniforme extraño, y sus padres estaban despidiéndose de él, su hermana lo abrazó y ella hizo lo mismo sin comprender nada. Al terminar Charles se subió al tren, ¿a dónde se irá?, ¿cuándo volverá? Victoria estaba viendo al tren partir, iba cada vez más rápido hasta que lo perdió de vista.

Pasaron un par de días y Victoria no sabía nada de su hermano, le preguntó a su hermana acerca del tema, pero ella no le respondió, con esto Victoria pensó que su hermano se había ido a trabajar o estudiar a alguna otra parte y no le dio más importancia al asunto.

Los días pasaron, la vida volvió a ser como antes, igual de tranquila y maravillosa, algunas veces el tema de la vida de su hermano pasaba por la cabeza de la pequeña Victoria, pero lo solía ignorar en poco tiempo. Las clases de Victoria la ayudaban mucho

a estudiar y pronto se volvió muy buena estudiante, pero ella no dejaba de ser la pequeña y divertida niña de rizos dorados. La vida en la familia Myers no podía ser más cómoda, gozaban de una buena alimentación y salud, además que su padre le iba mejor en el trabajo, había logrado comercializar una sustancia muy solicitada. Lo que probablemente no sabían era que esa sustancia había hecho que no solo su hijo se fuera de casa, sino que otros más habían tenido que abandonar sus hogares por la misma causa.

Una mañana Victoria se había levantado y estaba viendo el clima a través de la ventana, era un día muy nublado y gris, era más triste que aburrido, pero el clima no afectó mucho al ánimo de Victoria, ella despertó con emoción. Su padre hace unos días les había preguntado a Victoria y Hellen si querían ir con él a realizar unos trámites ese día, ya que su madre se había ido a París a visitar a un familiar y la mayoría de la servidumbre se había tomado un día libre y no podían quedarse en casa. Victoria se vistió y se arregló, era una de las pocas veces que su padre les dejaba ir con él y ella creía que la situación ameritaba un buen vestido. Cuando bajo, la carroza estaba lista y según ella creía, irían a un lugar más o menos lejos de Hyde Park.

El paseo fue tranquilo, no había mucho que ver en un día muy nublado. Victoria veía a los comerciantes pasar con sus productos y a las señoras caminar hacia las tiendas de ropa. Llegó entonces al lugar donde su padre tenía que trabajar, sabía que no se quedarían demasiado tiempo allí y rápidamente fue a investigar la zona. En un momento la pequeña Victoria no se dio cuenta de que se había ido demasiado lejos, estaba a mucha distancia de donde estaba su padre. Al darse cuenta de que estaba perdida, empezó a buscar a su padre, ¿dónde estaría?, ¿acaso se había ido demasiado lejos para encontrarlo? En un momento de ansiedad y angustia Victoria se detuvo, a lo lejos divisó un lugar muy extraño, estaba muy sucio y la gente parecía muy enferma y cansada. Las casas estaban muy desgastadas, parecía un lugar horrible para vivir. A lo lejos también vio un pequeño cartel, decía el nombre del lugar: St. Giles. Victoria nunca había visto u oído sobre ese lugar, pero ella sabía que no era un lugar muy bonito y acogedor como Hyde Park. Ella se fue en dirección contraria de ese extraño lugar.

-Pasó mucho tiempo desde que me perdí, seguramente me están buscando- pensó Victoria casi rompiendo en llanto.

Después de haber caminado mucho notó algo que le parecía familiar, una tienda que Victoria había estado viendo antes de perderse, ¡seguramente están cerca su padre y su hermana! Los buscó por todas partes hasta que oyó la voz de su hermana gritando su nombre. Victoria se dirigió hacia donde se escuchaban los gritos y al ver a su

hermana corrió hacia ella y la abrazó. Su hermana estaba llorando, seguramente la estaba buscando desde hace rato. Después vino su padre y al verla se llenó de alivio, subió a las niñas en el carruaje y le dijo a Victoria que la próxima vez no se vaya tan lejos, que podría ser peligroso.

Al llegar a su casa ya era tarde, así que Victoria y Hellen se cambiaron para irse a dormir. Hellen se durmió rápidamente, pero Victoria se quedó pensando en lo que había visto, no le había contado a nadie dónde estuvo y qué vio.

Era extraño, ¿por qué esa gente vivía en tan malas condiciones? Victoria entendió que ellos vivían diferente, pero ¿por qué?, ¿qué hicieron ellos para merecer eso? Victoria siguió pensando hasta quedarse profundamente dormida.

Al pasar los años, Victoria fue descubriendo más cosas sobre su mundo, ya no era un mundo perfecto y alegre como siempre creía, ahora para ella era un lugar con diferentes personas, algunas viven plácidamente como ella, y otras tienen que trabajar todos los días para vivir. Para esas personas el mundo era un lugar que podía ser retorcido y manipulado para sacarles su mayor beneficio y hacerlos trabajar hasta morir, esas personas eran vistas por muchos como una simple mano de obra, que vivían en lugares horribles y sucios con bajos recursos. El lugar que una vez vio Victoria era uno de esos lugares en los que habitaban gente explotada hasta el máximo, gente sin hogar y sin familia.

También entendió la razón de por qué su hermano se había ido de la casa cuando era pequeño, una guerra. Tal vez fue una guerra pequeña y casi sin importancia, o tal vez fue una gran guerra, de todos modos eso aún no lo había descubierto, pero lo que sí sabía era que las guerras eran más frecuentes de lo que imaginaba y siempre traen terribles consecuencias.

A Victoria le faltaba mucho por descubrir aún sobre el mundo, la vida y las personas, pero ella sabía que todo iba a su ritmo y que iría aprendiendo más a lo largo de su vida.

**CUENTO**  
**CATEGORÍA "C"**

**1<sup>er</sup> Puesto**  
**Andrea Ismodes Gamarra**  
**10° "C"**



## **“Obsesión por la pieza dorada”**

Era una mañana calurosa. Mariana se levantó de su cama con mucho sueño, estaba agotada, ya que el día anterior se había quedado hasta muy tarde estudiando para su examen de Química. Ella era una chica inquieta, llena de energía y ambición. Pero había algo que la atormentaba: en sus competencias de taekwondo, nunca lograba llevarse la medalla de oro. A pesar de sus constantes esfuerzos y su dedicación, solo conseguía medallas de plata y bronce.

Pronto sería el campeonato metropolitano de taekwondo. Mariana lo había practicado desde los 9 años y ahora se encontraba compitiendo para la selección peruana. Tenía que sacar sí o sí una medalla. La única que ella quería y anhelaba era la de oro.

Había pasado varias competencias sin que se llevara el primer puesto. Es tan solo una mala racha, se decía constantemente, para tratar de no darle importancia, pero ella sabía que realmente estaba muy insegura por dentro y con temor.

¡Mariana, apúrate que llegarás tarde! Gritó su madre desde la cocina, sacándola de sus pensamientos. Mariana vio la hora y salió disparada a la puerta. Su mamá le deseó un buen día y la embarcó en la movilidad escolar.

Ya en el colegio, “Separen y volteen sus carpetas” indicó la profesora de Química, si veo a alguien copiando le quitaré el examen inmediatamente. Mariana estaba tan nerviosa que no paraba de mover el pie derecho.

La campana sonó, y terminó el examen, la esperaba a la salida su mejor amiga Brenda. - ¿Qué tal te fue?- preguntó Brenda. – ¡Bien!- le contestó Mariana. Entonces Brenda le dijo: ahora nos toca concentrarnos en la fiesta de cumpleaños sorpresa que le organizaremos a Alejandra ¡Será este sábado! ¿La fiesta sorpresa? Se preguntó Mariana desconcertada. ¡OH, NO! ¡LA FIESTA SORPRESA! Lo había olvidado completamente. Al ver la cara de confusión de su amiga, Brenda le preguntó ¿No te habrás olvidado verdad? Mariana con cara de tristeza y a la vez miedosa por la reacción de su mejor amiga le dijo: Brenda discúlpame, no podré asistir, yo sé que es tarde para que te cancele, pero tengo el campeonato metropolitano y tengo que entrenar... Brenda



viró los ojos y molesta le reclamó, siempre estás entrenando, ya no salimos como antes. Esto ya sobrepasó los límites, tan angustiada estás por esa medalla de oro que ya se volvió una obsesión. Mariana solo atinó a escucharla y no diciéndole más se alejó de ella.

Cada día, después de sus clases del colegio, se dirigía al dojo. Allí, con cada golpe, cada movimiento, cada patada, ella trataba de perfeccionarse, de pulir cada fallo que veía en sí misma, molesta consigo misma porque para ella nunca era suficiente. Repetía una y otra vez los movimientos. Su meta será llevarse la medalla de oro.

Así llegó el día de la Competencia Metropolitana. Llegó la hora de la verdad se dijo, vio a muchas competidoras de su categoría en los calentamientos, y solo podía sentir presión y temor. Mariana García Miranda, llamaron por el micrófono, al Dojo 4. La estaban llamando a ella, y anunciaban también el nombre de su competidora. ¡Vamos Mariana!, le alentaban sus compañeros y sus padres. Al terminar, el jurado votó por su contrincante dejándola en el segundo lugar “medalla de plata”. La decepción empezaba asomarse en su rostro mientras veía a otra competidora llevarse la medalla de oro.

Sin embargo, Mariana no era de las que se rendían fácilmente. Sabía que el taekwondo era más que una serie de movimientos; era disciplina, concentración, resistencia. Y ella estaba dispuesta a dar todo por lograr su objetivo.

Un día, después de una competencia metropolitana, su sensei la llamó. “Mariana”, le dijo con voz tranquila, “tienes la habilidad, la fuerza y la determinación. Pero te falta algo muy importante”.

Mariana lo miró, confundida. “¿Qué es, sensei? Dímelo, por favor. Haré lo que sea necesario”.

Él sonrió. “Te falta disfrutar. Te estás presionando tanto para obtener esa medalla de oro que te estás olvidando de disfrutar el camino. El taekwondo no es solo ganar o perder, es aprender, es crecer. Tienes que encontrar el equilibrio entre tu ambición y tu pasión”.

Aquellas palabras resonaron en Mariana. Se dio cuenta de que se había obsesionado tanto con la idea de ganar, que había perdido de vista el motivo por el cual había comenzado a practicar taekwondo: porque le encantaba. Decidió que era hora de un cambio de actitud.

Con este nuevo enfoque, Mariana volvió a entrenar. Pero ahora, en lugar de enfocarse únicamente en ganar, se dedicó a aprender, a disfrutar de cada entrenamiento, de cada golpe, de cada patada. En lugar de fruncir el ceño con cada fallo, sonreía, aprendiendo de sus errores y mejorando.

El siguiente torneo se acercaba y Mariana se sentía diferente. Sí, quería ganar, pero también estaba emocionada por competir, por mostrar lo que había aprendido, por disfrutar del taekwondo.

Y llegó el Campeonato “Copa Regional” y al ser llamada, Mariana se presentó, entró al tatami. Enfrentó a su oponente no como un obstáculo en su camino hacia el oro, sino como una oportunidad para crecer, un desafío a superar. Cada golpe, cada patada, cada movimiento, lo hizo con precisión, pero también con alegría y con pasión. Y cuando el árbitro levantó su brazo al final del combate, anunciándola como la ganadora, sintió una satisfacción que nunca había experimentado; el frío metal de la medalla de oro contra su piel parecía más real que nunca...

Sosteniendo su medalla de oro, Mariana comprendió que su sensei tenía razón. El camino hacia el éxito no solo se trataba de ganar, sino de disfrutar el proceso, de aprender y crecer.

Mariana se dijo: ¿Cómo no pude haberme dado cuenta antes?, me dejé llevar por el miedo a perder. Yo amo el taekwondo, lo adoro, y solo por la presión que tenía lo he convertido en una experiencia desastrosa. ¡Ahora comprendo que por más que ganara la medalla de oro, si seguía ejerciendo presión sobre mí lo estaba convirtiendo en una obligación! Así no vale absolutamente la pena seguir compitiendo. Prometo que cuando compita me olvidaré del reconocimiento y de las expectativas que tengan los demás hacia mí, ya que eso me presiona, solo daré lo mejor de mí misma y disfrutaré de mi juego. Aprenderé de mis experiencias y mis errores.

La revelación no fue una luz al final del túnel, sino una llama que ardió en su interior. Mariana entendió que se había obsesionado tanto con la victoria hasta el punto de perderse en la oscuridad de su propia ambición. Ella sintió que había aprendido una gran lección; y que tenía que compartirlo y se dijo: Tengo que hablar con mi amiga Brenda, contarle todo esto que me está pasando y de lo feliz que me siento de haberme dado cuenta y que nunca dejaré de lado su amistad ni la amistad de mis otras amigas. La buscó en su casa, conversaron.

Me alegro mucho por ti, Mariana, dijo Brenda y ahora sí podremos compartir más tiempo con nuestras amigas, ¡y se abrazaron! Y ella como reflexión le dijo: a veces no podemos controlar nuestras emociones y dudamos de nosotros mismos, olvidándonos de lo que realmente importa, de lo que en verdad nos hace feliz. Es por lo que debemos aprender a autosuperarnos y no dejarnos llevar por el miedo, ya que para triunfar debes arriesgarte, pero con alegría y pasión.

Así cada día, después de clase, Mariana guardaba sus lápices, libros y cuadernos para entregarse al dojo; y en cada nueva competencia su actitud era diferente. “Disfrutar de lo que te apasiona” pasó a ser su lema.

**CUENTO**  
**CATEGORÍA "C"**

**2<sup>do</sup> Puesto**  
**Isabella Peralta Polo**  
**9<sup>o</sup> "C"**



## **“Recuerdos fragmentados”**

Estaba sentado en el suelo apoyado en la pared con los ojos atontados, la chaqueta y la camisa teñidas de un rojo carmesí, escuchando las sirenas de policías de fondo junto con la lluvia torrencial que caía sobre la ciudad. Me sentía exhausto y desorientado, tratando de recordar lo que había sucedido momentos antes.

De repente, una voz familiar me llamó desde la distancia: "¡Oye, tú! ¿Estás bien?". Me levanté con dificultad y vi a mi mejor amigo corriendo hacia mí, con el rostro cubierto de lluvia y preocupación. "No puedo creer que hayas hecho eso..." - dijo con voz temblorosa.

Me miré las manos y vi que todavía sostenía el cuchillo ensangrentado con el que había cometido el crimen. Mi mente se nubló de nuevo, incapaz de procesar lo que acababa de hacer. Mi amigo me agarró del brazo y me arrastró hacia su coche, donde me obligó a sentarme en el asiento del copiloto. Traté de protestar, pero mi voz salió ronca y débil. Mi amigo encendió el motor y salimos disparados de allí, dejando atrás la escena del crimen.

Mientras conducía, mi amigo intentó tranquilizarme y hacerme hablar sobre lo sucedido, pero yo seguía aturdido y sin poder articular una palabra. Fue entonces cuando noté que mi amigo también estaba herido, con un corte profundo en el brazo en el que tenía su reloj.

"No es nada, solo un rasguño"- dijo mi amigo- pero yo sabía que era mucho más que eso. Había algo extraño en la forma en que me miraba, como si supiera más de lo que estaba dispuesto a decirme. Él le lanzaba miradas constantemente a su reloj, como si se le estuviera acabando el tiempo.

Después de un rato, llegamos a su apartamento y mi amigo me llevó a la cocina para curar mis heridas. Mientras me limpiaba la sangre de las manos, traté de recordar lo que había sucedido esa noche, pero todo parecía una nebulosa en mi mente.

De repente, mi amigo dejó caer una bomba que me dejó sin aliento: "No sé cómo decirte esto, pero tú no eres tú mismo cuando estás así". Me miró fijamente, como si buscara una reacción en mi rostro.

- "¿Qué quieres decir?" -pregunté- pero ya sabía la respuesta.

"Te lo he visto hacer antes"-dijo mi amigo con una mirada triste en los ojos. "Te transformas en alguien más, alguien peligroso. No sé cómo explicarlo, pero no eres tú mismo cuando eso sucede".

Mi mente se llenó de imágenes confusas, fragmentos de recuerdos que no podía encajar en su lugar. Pero una cosa estaba clara: algo había sucedido esa noche, algo que no podía deshacer. Con los ojos llenos de lágrimas, cerré los ojos y traté de concentrarme en mis pensamientos. Fue entonces cuando algo extraño sucedió. De repente, mi mente se aclaró y todos los fragmentos de memoria se unieron como un rompecabezas.

Recordé todo lo que había sucedido esa noche: la discusión acalorada, los gritos y los golpes. Recordé la mirada de odio en los ojos de la otra persona, el miedo y la adrenalina que corrían por mis venas. Y luego, la ceguera momentánea, la sensación de ser controlado por una fuerza más allá de mi control.

De repente, comprendí que mi amigo había sido víctima de mi locura. Me llené de culpa y remordimiento al pensar en el daño que le había causado a él y a otras personas esa noche.

Después de un momento de silencio, miré a mi amigo y le dije: "Lo siento mucho. Nunca debería haberte puesto en peligro...". Él me sonrió con tristeza y me dijo: "Eres mi mejor amigo, siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase". Sentí un nudo en la garganta al escuchar sus palabras y supe que eran sinceras.

Mi amigo se levantó del asiento y salimos por la puerta de su apartamento. "Tenemos que irnos de aquí, ahora mismo"- dijo con urgencia mirando su reloj de oro. Me guio hacia una angosta escalera que llevaba a la azotea del edificio.

Una vez arriba, vi a mi amigo mirando nerviosamente por encima del borde del edificio, como si estuviera esperando algo. "¿Qué está pasando?"- pregunté sintiéndome cada vez más confundido.

"Te diré lo que sé"- dijo mi amigo con una mirada seria. "Esta noche no fuiste tú mismo. Fue algo más poderoso que tomó el control. Y no eres el único".

Súbitamente, una figura vestida de negro saltó sobre la azotea. Mi amigo tomó un arma de su bolsillo y apuntó con manos temblorosas, pero antes de que pudiera disparar, la figura lo atacó y lo arrojó al suelo causando que su preciado reloj se desprendiera de su muñeca.

Mientras intentaba ayudar a mi amigo, la figura se acercó a mí y me agarró con una fuerza sobrenatural. Me levantó en el aire y me arrastró hacia el borde del edificio.

"No eres el único"- dijo la figura con una voz siniestra. "Somos muchos y estamos aquí para tomar el control". Antes de que pudiera hacer algo, la figura me arrojó por el borde del edificio y caí en la oscuridad. Mi mente se nubló de nuevo y perdí el conocimiento.

Desperté en una habitación con un dolor agudo en todo el cuerpo, respirando agitadamente. Miré alrededor, tratando de recordar lo que había sucedido, pero todo estaba borroso. Repentinamente, una persona extraña que no pude reconocer se me acercó.

"¿Estás bien, cariño? Estuviste balbuceando toda la noche mientras dormías. ¿Otra pesadilla?" -me dijo una mujer, era mi esposa, ella estaba aún en pijama y me miró con su expresión preocupada. Sus cejas estaban fruncidas con preocupación y su boca se torció hacia abajo mientras me miraba. La mirada de preocupación en sus ojos se mezcló con una mirada severa de 'no mientas', pero una leve mirada de 'dime' mientras me miraba.

Comenzó a caminar hacia mí y tomó mi mano. Se sentó a mi lado y preguntó: "¿Puedes decirme qué pasó? Quizá hablarlo ayude". Asentí, ella comenzó a frotar mi mano con su pulgar en un movimiento de ida y vuelta mientras le contaba sobre la pesadilla.

Después que terminé de hablar, dudé, sin saber si debía entrar en más detalles. Mi vacilación para hablar más debe haber sido obvia, por lo que intervino: "Probablemente deberías ir a trabajar". No pude evitar notar que tenía una mirada algo extraña. Mientras me sostenía, su expresión cambió gradualmente. Los rasgos de su rostro se volvieron más oscuros. Sus ojos, una vez llenos de preocupación, ahora parecían fríos, pero antes de que pudiera responder, ella volvió a hablar: "Cámbiate, te prepararé el desayuno". Caminó hacia la cocina, dejándome solo con mis pensamientos por un rato más.

Decidí ignorar todo lo que había pasado, tanto la vibra escalofriante que mi esposa me había dado momentos antes como la dichosa pesadilla, 'Solo un mal sueño' - pensé. Estaba a punto de levantarme, pero cuando fui a recoger mis lentes de mi mesita de noche, algo me llamó la atención. Allí, frente a mí, había un reloj de pulsera, que no me pertenecía ni a mí ni a mi esposa. Observé durante un instante y detenidamente. Luego, solté involuntariamente un suspiro al darme cuenta de que se trataba del reloj de oro, aquel que pertenecía a mi amigo de la pesadilla. En él se notaba la presencia evidente de salpicaduras de sangre, sin lugar a duda provenientes de él.

"Cariño, ¿qué pasa? ¿Acaso has visto un fantasma?" - se escuchó detrás mío mientras un escalofrío recorría mi espalda. Mi esposa, con su mirada preocupada y sus cejas fruncidas, había regresado a la habitación. Como un criminal sorprendido, deslicé el reloj furtivamente en el abismo de mi bolsillo, pero sus ojos lo habían captado: una expresión insólita, una mirada extraña y ajena a la familiaridad me atrapó, devorándome. Recordé, aferrándome a la sutil orilla de la cordura: ella no era mi esposa, nunca lo fue, ¿acaso tuve alguna vez una esposa? ¿Qué ocurre? ¿Qué son estas memorias?".

CUENTO

CATEGORÍA "C"

**3<sup>er</sup> Puesto**  
**Miranda Morón Herrera**  
**11º "C"**



## **“El sol que brilla de noche”**

Había una vez una niña pequeña. Era de contextura delgada y parecía frágil, como una muñeca de porcelana. Jugaba en los parques rodeada de flores, se balanceaba en los columpios sintiendo que tocaba el sol. Una noche descubrió a la luna, era brillante, era la primera vez que veía un ser tan radiante y perfecto, estaba atónita ante tal vista. Al día siguiente esperó por la luna, pero no apareció, y unos días después, iluminó su ventana.

- ¡Oh! Luna, ¿puedes oírme? – no recibió respuesta.

La pequeña se quedó contemplando el sol nocturno hasta quedarse dormida. Desde ese día, cada noche esperaba por la luna.

- ¡Oh! Luna, ¿puedes oírme? – no recibió respuesta.

Varias noches siguieron y la luna seguía sin responder, pero la niña no se rindió. Probó cada método que encontró posible para alcanzarla. Se balanceó de noche, pero a diferencia del sol, la luna parecía alejarse. Se subió al techo de su casa, pero ese día la luna no estaba presente. Pidió a sus padres un telescopio, pero la luna se escondió detrás de la niebla.

- ¡Cómo desearía ser una estrella y compartir el universo al lado de la luna! – dijo la pequeña a su abuela.

- Mi niña, no seas tonta – respondió la anciana – la luna no comparte con las estrellas, lucha por alcanzarlas.

Las semanas siguientes la niña buscó maneras de llevar la luna a las estrellas. Investigó e hizo experimentos. Catapultas, lazos, ganchos y miles de formas de llevar a su brillante luna a donde quería estar. Su hermano se burlaba de ella y comentaba que la luna no tenía nada de especial.

- ¿De qué sirve esperar por algo que solo ves de noche? En cambio, el sol nos responde y lo vemos todo el día.

- No lo entenderías – suspiró.

Esa noche, la pequeña se asomó por su ventana.

- ¡Oh! Luna, ¿qué debo hacer yo para que me respondas? ¿Cómo puedo llegar a ti? – sin respuesta, se acostó y por primera vez en mucho tiempo, durmió sin importarle el brillo de la luna. Esa noche de descanso, en lugar de alejarla de la luna, hizo que la pequeña esté decidida a continuar buscando maneras de ayudar y acercarse al sol nocturno.

Durante semanas, meses y años, la niña admiró, observó, habló e investigó sobre la luna. En su vecindario la apodaron “Estrella”, dado que, su habitación se había llenado de origamis y figuritas de estrellas y el universo. Entonces llegó un punto en el que, la niña se convirtió en joven fuerte, pues tenía a la luna como soporte. Esa noche le dijo a la luna:

- ¡Oh! Luna, han pasado tantos años y aún no respondes a mis saludos ni a mis preguntas, ¿Cuándo será el día que calles tu silencio? He buscado la manera de llevarte con las estrellas, pero nada parece funcionar, es que, acaso, ¿no tengo lo necesario para cumplir tu deseo?

Reflexionando sobre sus capacidades, decidió investigar en línea sobre grupos de astronomía y aficionados del espacio. Hasta que leyó un comentario en línea.

“El Sol que brilla de noche, también conocido como la Luna. Es el ente más precioso del Sistema Solar. Encanta e ilumina el camino de las personas y habitantes de este planeta, Sol frío pero cálido. No está cerca, pero tampoco lejos. No está lejos, pero tampoco cerca. Cuando no está, la busco en las estrellas o el reflejo del agua, pero la busco. Busco cómo llevarla a las estrellas o llevarle las estrellas a esta. La escucho, y me escucha, más me escucha a mí que yo a ella, a veces me pregunto si en verdad me escucha o solo soy yo soñando despierta. La luna parece un espejismo y tengo miedo que desaparezca, así que evitaré beber agua en el desierto para mantenerla a mi lado. No sé... es raro. Es entre admiración y obsesión por su personalidad. Distante, pero siempre presente, silenciosa, pero ruidosa. Ojalá que mi hermosa luna, me acompañe hasta que me junte con su luna y también busque por las estrellas”.

La joven cerró su computadora de golpe y miró por la ventana.

- ¡Oh! Luna, ¿es que has cautivado a otros además de mí?



Entonces se fijó en sus vecinos y en la gente del parque del frente, todos cautivados por la belleza de la luna. La joven no era especial... sus sentimientos no eran solo suyos y su nube del pensamiento pasó por otros también.

-¡Oh! Luna, ¿cómo es posible luna? Yo que te di mis años, ¿es que has respondido a otros menos a mí?

La joven cerró su ventana y se puso a pensar. Pensó y pensó, días y noches, horas y semanas, llegando a la siguiente conclusión.

- La luna no es solo mía, pero yo soy solo de la luna.

Fue entonces cuando decidió abrir su ventana y decirle a la luna.

- ¡Luna!, me quedaré a tu lado hasta que llegues a las estrellas, así que no te preocupes. Nunca estarás sola, porque, aunque estemos lejos, te admiraré desde la distancia y guardaré tu brillo en mi memoria cuando llegues a las estrellas.

La luna empezó a brillar y aunque no era la primera vez, los ojos de la joven brillaron y se quedaron atónitos ante el resplandor. Era como la luz de una estrella atrapada en los ojos de quien la miraba, es la primera vez que la luna la miraba, ni siquiera estaba segura de que la estuviese mirando, pero quería creer que sí.

- Gracias – respondió la luna y la joven cayó dormida.

Al día siguiente, la joven esperó todo el día para volver a ver a la luna, pero no apareció. Esperó minutos, horas, días, semanas, meses, pero no apareció. Con los ojos llenos de lágrimas se recostaba en la cama esperando que volviese, pero fue cuando entró una luz por su ventana que se dio cuenta.

- La luna, finalmente, se encontró con las estrellas.

*“Contaré las estrellas en el cielo nocturno esperando encontrarte en mis sueños. Incluso cuando el tiempo pase, en el reflejo de mis ojos estará atrapada la imagen de la brillante y perfecta luna”.*

CUENTO

CATEGORÍA "D"

1<sup>er</sup> Puesto  
Juan Manuel Paredes Rivera



## “El heladero”

Sentado en el muro de cemento de un pequeño óvalo, junto a su caja de helados y bajo la sombra de una palmera adolescente, el heladero dormita. Inclina el cuerpo hacia delante, se rasca el pecho sobre la camiseta amarilla y cruza los brazos. Una gorra le cubre medio rostro.

Yo lo miro desde arriba.

—*Shiete* solcitos nomás, joven —ayer me dijo ese heladero, y también: ¿Cuántos va-querer?

—¡Siete soles! —respondí indignado, sabiendo que no era el precio normal, aunque perdido el interés de regatear.

—Estamos en la playa, pues. Kilómetro *shentotreinta* —tosía un poco, cerraba un ojo al mirarme, incómodo por la resolana que la gorra no cubría al volver el rostro hacia mí. —Lejos de todo estamos. ¿Cuántos va a querer?

Con los pies enterrados en la arena, el heladero dormita, arrullado por el rumor de un mar intranquilo. Los playeritos picotean aquí y allá cerca de la orilla, cual niños traviosos o zancudos insistentes, cada vez que se retira una ola moribunda. Las aves mojan las patas en la estela de espuma, imprimen huellas diminutas en la arena. A lo lejos, unas garzas anidan en las peñas. Ocultan el cogote entre las plumas como intentando retener la modorra luego de la siesta matutina. Un grupo de gaviotas vuela dejando atrás las notas de su canto.

Es mediodía. Hace frío a pesar de la hora. El verano aún no acaba.

Me acomodo sobre la silla de mimbre y, apoyado en el muro del balcón, arrojo la mirada sobre los techos blanquecinos de las casitas, las piscinas, los jardines cuyo césped artificial se extiende hasta perderse en la neblina. Hay una camioneta estacionada en cada puerta, perritos falderos asomándose por las ventanas, ladrando furibundos, y una pequeña cerca que marca el límite entre las casas.

Allá está el boulevard. El heladero despierta.

—Bueno, maestro, le compro dos entonces. ¿Cómo va la chamba? ¿Mucho trabajo?

—Regular nomás, joven. Regular nomás. Temporada baja es. Llenecito paraba esto antes. Ahora toditos se *jueron* y a las justas alcanza *pal* diario, pe.

—¿Y camina mucho para vender? —pregunté intentando ver el final del camino con una mano haciéndole sombra a mis ojos.

—No tanto, la *verdá*. Más caminaba antes. Tras del cerro me iba, joven. Pero eso era antes. *Ora* ya no puedo.

—¿Y desde cuándo lo hace?

—¿Vender helados?

—Sí.

—Uy, uy, uy... desde *quera* chiquito. Acompañaba a mi papá *tos* los días a vender, pe, allá en Lima. Caminábamos por *grandesh* avenidas. Hasta Plaza de Armas *íbanos*. *Tos* los días, joven. Ay nomás se murió mi papá. Unos meses solito vendí, luego conocí a mi mujer en *ashentamiento* de carretera, aquí cruzando *nomá*. Después encontré *construcshión* de casitas, y me quedé. *Ora* sigo *tradishión* de familia, como quien dice —hay un pequeño temblor en los labios del heladero, una mueca que no se anima a ser sonrisa, o quizá una sonrisa forzada—. Pero mujer, no *mi aguantó*. *Pa' su tierra se jue*. Chupando nomás paraba yo, pe. Años hace desto que le cuento.

Sigo el camino del boulevard con la mirada hasta un óvalo donde, descolorida, la estructura de madera de un tobogán parece que caerá en cualquier momento junto al sube y baja, rendidos ante los rezagos de la humedad. Unos hombres ofrecen sus botes a los visitantes, los animan a dar un paseo a los islotes, pero, sin detenerse, estos siguen su camino, despreocupados. Interminables y formando una hilera, las sombrillas yacen clavadas en la arena con sus toldos desteñidos y los palos que malamente sostienen sus esquinas. Pacientes, brindan una sombra que a nadie sirve, a la espera de la siguiente temporada.

—¿No le hará mal andar tanto? —pregunté mientras daba un paso hacia la playa, en un intento fallido de terminar la conversación.

—Al contrario. Bien me hace *ejercishio*, pe. Diabetes tenía yo antes. El doctor me contó. Yo dije “me fregué”, pero aquí me ve, sano estoy.

—¡Diabetes!

—Eso rapidito mató a mi papá —apuntó al cielo con el índice el heladero, persignándose después al compartir su recuerdo, o tal vez aquel suspiro largo indicase que en realidad evitaba recordar—. *Maldishión es...*

—Imagino que le dieron tratamiento, maestro.

—*Bueno juera*. Nada. Mucha plata, pe. Aunque de tanto ir de allá “pa-cá”, solito se me quitó. La habré sudado a la maldad, oiga. ¿*O usted qué cree?*

—Podría ser, si me cuenta que camina tanto...

—Viera que no solo esto camino. Hasta casas de arriba subo, allá de donde vino *usté*. A entrada misma de condominio voy vender. Guardianes ya me conocen. Tanto tiempo que vengo. A veces papeles piden, permisos piden por fregar. Bien lejos los mando si eso *mi acen* —reía una risa en pausa el heladero, una risa lenta, detenida—. Tanto tiempo hace que vengo...

—¿Y todo el día hace esto?

—*Toel día, tos los días*, joven. Y si le contara qué lejos vivo, ya no ya, se cae *patrás*. Pero otra *hishtoria* es esa, pe.

—Ya me la contará alguna vez.

—Otro día se la cuento. Si por aquí nomás paro.

Veo desde arriba al heladero que, sin saberlo, derrotó a la diabetes, y ayer me vendió helados al doble del precio normal. Estira los brazos antes de levantarse, como ahuyentando la modorra. Se levanta, avanza con la caja de tesoros colgando de su hombro. Camina inclinado, como si su cuerpo se hubiese adaptado al peso, encorvándose con cada paso que regala al cemento del boulevard. Dos adolescentes se detienen junto a él. Algo le preguntan. Él destapa su caja y la deja en el piso con una mano sobre la cadera, pero ellos parecen desanimarse. Saltan, se alejan pateando un balón, empujándose entre risas, simulando su muerte la chica sobre el césped al dispararle su compañero para rescatarla al instante.

El heladero tapa la caja y la levanta. Noto algún esfuerzo en sus movimientos e imagino algún quejido imperceptible. ¿Será el cansancio del día? ¿Será la costumbre de *tos-los-días*?

Acomoda su gorra, se levanta un poco el pantalón. Luego sigue su camino.

Es hora de almorzar.

CUENTO

CATEGORÍA "D"

**2<sup>do</sup> Puesto**  
**Frank Palús Argumanis**



## **“Aprendiendo a vivir”**

Era un pueblo extraño, hasta en el nombre, que nadie podía pronunciar de forma similar. Un pueblo gris, frío, triste y silencioso. Por las tardes, todos quienes allí habitaban estaban ya en casa, y las calles totalmente vacías. De pronto, aquel silencio sepulcral del día se rompía por el incansable rugir del viento, que golpeaba las ventanas de las pequeñas casas por algunas horas. Luego, el silencio volvía a reinar.

Los días pasaban prácticamente iguales. Las mismas personas, las mismas actividades y horarios para cada cosa, la misma rutina, una y otra vez, sin cambios.

Era extraño, no solo por la gente, sino por todo lo que enmarca la vida en él. Aunque parezca mentira, todo pasaba de la misma forma cada día, como si respondiera a una programación que alguien hizo. Increíblemente, a la misma hora cada día la misma cantidad de palomas llegaban al lado de la puerta de la iglesia del pueblo, permanecían allí unas horas, y a la misma hora de la tarde desaparecían para pernoctar en algún lugar hasta volver al día siguiente. Todo era exacto. Y cuando no era igual, por ejemplo, cuando cambiaba el clima, era todo perfectamente esperado y calculado. Se sabía exactamente cuánto medía la temperatura de los termómetros porque cada año en ese día era igual. Por decirlo de alguna forma, todos los 20 de mayo eran exactamente iguales.

Pero, era un pueblo eficiente, cada quien sabía lo que tenía que hacer y lo hacía bien. Nadie daba un poco más ni menos, solo lo planeado y todo funcionaba bien. Los niños estudiaban y se preparaban para al crecer poder cubrir a sus padres en los trabajos que tenían. Siempre se lograba que a tiempo llegaran los relevos, para que la gran maquinaria que en sí era el pueblo, no dejara de funcionar.

El tiempo pasaba para todos, la gente envejecía y los niños iban creciendo. Pero la vida estaba muy planificada. Ya desde que un niño nacía, se había determinado lo que debía pasar con él y cuál era el plan estricto a seguir.

Aunque eficiente, era un pueblo triste, como lo mencioné al inicio. No había sonrisas, ni gestos, ni complicidad, ni aliento para ser más eficientes. Lo que estaba, estaba bien y era suficiente. Sin lugar para alegrías. Los niños pequeños no vivían expuestos a la sociedad, eran criados en un lugar especial, para formarlos los 5 primeros años de vida, con consentimiento de sus padres, quienes los visitaban 2 veces cada semana y luego de 5 años les eran devueltos.

Aquí, hago un alto a mi narración porque tengo que contarles cómo es que conozco este detalle de aquel pueblo, del que al narrar, me hace sentir tan descompuesto. Este pueblo, así de oscuro, frío y triste, marcó mi vida de una forma increíble.

Mi nombre es Paul, tengo 49 años, y he vivido toda mi vida en una única ciudad, pero una ciudad con tanto movimiento que el día a día era un desafío constante. He tenido una niñez como cualquiera, con muchas alegrías y algunos momentos tristes. De niño he jugado muchísimo y reído hasta más no poder. He visto morir a miembros de mi familia y he llevado el luto, y he visto nacer a mis hijos y los he disfrutado cada momento desde que nacieron. Desde niño fui una persona muy alegre y bromista. En los estudios me fue muy bien, me esforcé bastante en dar siempre lo mejor de mí y se volvió una obsesión tener que ser cada vez mejor. Al inicio, eso era muy bueno, mi superación era constante y no tenía límites. Cuando tenía 25 años, ya era un profesional reconocido y consultado por muchos. Me sentía tan bien. Pero con el pasar de los años, el tiempo ya no alcanzaba para vivir y a la vez seguir asumiendo cargos y no dejar de ser el mejor. Sentía que no podía fallarle a los demás, que seguramente sabían que yo era el mejor y que entendía que esperaban el más alto rendimiento de mi parte. Los días eran cada vez más complicados, estresantes y aunque quería renunciar a todo esto, renunciar era mostrarme débil ante los demás, defraudarlos y dejar de ser el mejor, como siempre lo fui. Cada día era un desafío, cada día era diferente, cada día más estresante aunque con logros, estos quizá ya no eran suficientes.

Un buen día, atrapado en la vorágine de esta vida imparables y sin descanso, con días en los que quizá solo descansaba cuatro horas o menos, con un cuerpo que se sentía cansado y una mente que no dejaba de presionarme por no dejar de rendir apropiadamente, decidí escapar. No para siempre, claro. Le dije a mi familia que necesitaba tomarme unos días, y ellos que me veían vomitando cada mañana por el estrés, entendieron perfectamente y me apoyaron. Así que, luego de abrazar a mi familia muy fuerte, tomé rumbo desconocido y me adentré hacia la parte menos urbana de la ciudad, escapando poco a poco de esa ciudad que no descansa y te atrapa en la rueda imparables de la vida diaria, adentrándome en la tranquilidad y pasividad de los pueblos

alejados. Iba en mi carro, manejando tranquilo, escuchando rock en español, tratando de ir dejando un poco mis pensamientos sobre el trabajo y tantos temas que quería seguir resolviendo, aunque nadie me lo estaba pidiendo. Una mente estresada es tan rebelde como no se lo imaginan (o quizá sí). Ya entrando en aquellos caminos largos con algo de vegetación a los lados, comencé a cantar a toda voz, como tratando de opacar a los pensamientos insistentes en seguir en carrera de ser quien lo resuelve todo.

De pronto, ya no había señal de celular, no tenía algún mapa que me indique donde estaba, y extrañamente no había letreros en el camino que me dieran alguna señal para ubicarme. Me distraje tanto buscando desestresarme, cantando a viva voz, que no me di cuenta qué pueblos estaba pasando. Estacioné el carro a un lado del camino y bajé a esperar que alguien pase para hacer una señal y poder pedir que me indiquen cerca de dónde estaba. Transcurrió una hora y nadie pasó. Estaba solo en aquella inmensidad de terreno, con un camino largo al frente y sin ver algo hacia el horizonte. Tenía dos alternativas, regresar por donde vine o seguir adelante en el camino. Esta vez, decidí no regresar. Fui hacia adelante.

Dos horas más tarde, el camino se borraba. La pista dejó de ser pista y se volvió un camino de trocha, sin asfalto y muy irregular. No había huellas de neumáticos que seguir ni alguna indicación para guiarme. Estaba por terminar la tarde, y empezó a bajar la temperatura. Comencé a asustarme. ¿Cómo podía ser que por allí no pase nadie? ¿Cómo pude seguir el camino y de pronto estar extraviado? Ya casi de noche y viendo que la única luz en aquel lugar era la de los faros de mi carro, paré un momento y caminé por donde la luz me dejaba ver. Claro, el estrés nuevamente apoderándose de mí. Ahora estaba renegando y lamentando aquella decisión de huir del día a día, que me había llevado a esta situación. De pronto pude ver que, en el piso, tapado por mucha tierra, aparecía tímidamente una esquina de un letrero. Me acerqué y lo liberé de aquella capa de tierra. El letrero decía "Edehjsnha 25 Km". Bueno, es lo que creo que decía. No se podían leer bien las últimas letras de la palabra, pero 25Km era lo más claro. Subí a mi carro y manejé 25 km por aquel camino lleno de curvas e innumerables huecos y desniveles.

Era cierto, allí había un pueblo, gris, tétrico, con luces encendidas en algunas casas, pero sin una sola persona en las calles. Entré en el pueblo y estacioné el carro en un lugar cerca a lo que parecía ser una tienda, cerrada en ese momento.

Toqué varias puertas, pero nadie me abrió. Era como si nadie me escuchara. Habré tocado unas 15 puertas, y nadie abrió. Apagaron las luces de las casas y no tuve más

remedio que volver a mi carro y pasar la noche allí. Escuchaba el rugir del viento y la temperatura bajó considerablemente. Tenía mi maleta con ropa algo abrigadora, que tuve que ponerme de inmediato para poder pasar la noche. Esperaría hasta la mañana para ver si alguien me podría dar alojamiento o al menos guiarme, para poder volver. Ni pensar en hacer alguna llamada. Mi celular estaba sin señal y no veía que hubiera algún teléfono a la vista.

Llegó la mañana y sin salir de mi carro, pude ver cómo los pobladores de aquel lugar se trasladaban ordenadamente a diferentes lugares, sin sobresalto. Muy organizados. Noté que pasaban junto al carro, pero a nadie le llamaba la atención el que me encontrara allí. Es más, me parece que nadie miraba hacia mi posición. Decidí bajar.

Pasó junto a mí una señora con su hija de unos 10 años. Me acerqué y le dije "Hola, disculpe, me perdí en el camino y necesito ayuda para saber dónde estoy y poder volver". Me ignoraron completamente y siguieron su camino a buen paso.

Intenté lo mismo con otras personas que caminaban por las calles, siempre dirigiéndose a algún lugar, y nadie me tomaba atención. Empecé a dudar de la realidad. Quizá esto era un sueño y al no ser real, todo lo estoy creando en mi cerebro.

Se me ocurrió que debía detener a alguien, pararme delante y no dejar que avance para que me tome atención. Vi que se acercaba un señor con un sombrero, chalina y buen abrigo, muy apurado él. Caminé lentamente y en el momento preciso, le salté delante obstaculizando su camino, y justo cuando iba a hablarle, saltaron hacia mí dos personas que me empujaron y lograron hacer que aquel señor no se detenga. Solo me sacaron de en medio. No me dijeron nada y caminaron hacia otro lugar. Eran una especie de custodios de aquel orden que no podía parar.

Tenía hambre, y nadie me haría caso para poder darme algo de comer. No sabía qué hacer. Caminé unas calles y llegué a una esquina donde había un restaurante (una fonda). Entré, me senté en una mesa cercana a la puerta y esperé que me atendieran. Claro, nadie me atendía, aunque entraban otras personas que eran rápidamente atendidas. Me acerqué al mostrador y tomé una manzana que estaba allí en una canasta. Nadie lo impidió. Hasta que una niña de unos 6 o 7 años aproximadamente, me miró, tomó un plato, puso algo de arroz, papas y un pedazo de pollo frito. Se acercó a mí y me lo entregó, esbozando una sonrisa. Tomé el plato y muy emocionado alcancé con mucha dificultad "Gracias". Una señora que atendía en aquel restaurante se acercó a la niña, la cargó y se la llevó del restaurante. Pude ver por la ventana, mientras comía,



que las alcanzaron 2 personas, similares a las que me empujaron, las subieron a un carro y se las llevaron.

Era muy extraño este pueblo al que había llegado. Me quedé allí sentado, junto a la ventana por un buen rato, observando. Todos tenían algo que hacer, y parecían no parar en ningún momento. Se me ocurrió que podía romper ese orden haciendo algo particularmente diferente. Comencé a cantar, primero algo tímidamente y luego a toda voz, logré que algunos miren hacia donde estaba, pero nada más. Comencé a hacer sonidos algo graciosos con la voz, para ver si alguien reaccionaba con alguna sonrisa, pero nada.

Decidí no irme de aquel pueblo. Comencé a acompañar el día a día de aquel lugar que se empeñaba en ignorarme, observando y anotando todo lo que me llamaba la atención. Lo primero que pude notar es que cada día era muy similar al anterior, casi idéntico. Ese “casi” era sin duda por mi presencia y las cosas que se me ocurrían hacer.

Comencé a trabajar. Tratando de ayudar a las personas en sus labores. Si alguien estaba limpiando pisos, me ponía a limpiar con esa persona. Si alguien estaba cargando cajas, me ponía a cargar algunas, y en esos casos nadie me sacaba del lugar.

Luego de un tiempo de haber participado en muchas actividades y anotado mis observaciones, me pude meter en una fábrica de ollas de barro, donde cada quien tenía una tarea muy clara y milimétrica por hacer. Había visto que en una jornada lograban hacer 50 ollas de barro, las cuales eran llevadas a otros pueblos para ser vendidas. No se opusieron a que primero pase unos días observando y anotando el proceso. El proceso era bueno, pero me parecía que algunos participantes tardaban un poco más en su labor. Decidí cada día acompañar el proceso cantando, y siguiendo un ritmo establecido haciendo palmas, este ritmo se alineaba de alguna forma con cada paso a seguir. Parecía que nadie hacía caso a lo que yo estaba haciendo, pero un buen día me percaté que el grupo que trabajaba las ollas de barro, sí estaba siguiendo el ritmo y no los veía tan serios como antes. Incluso vi que alguien sonrió y hasta parecían bailar mientras trabajaban. Podía notar que por ahí alguien se animaba a mirarme, y yo aprovechaba para bailar haciendo bromas al hacerlo. Finalmente, el grupo comenzó a producir 70 ollas de barro por jornada. Algo cambió.

Decidí dejarlos e ir visitando otras fábricas y tiendas, y hacer el mismo ejercicio. Y la productividad aumentó en cada caso. Ahora cuando caminaba por la calle, algunas personas sonreían al verme y me saludaban, aunque aún no paraban para hacerlo. Comencé a caminar junto a aquellas personas que me saludaban, y conversaba con ellas. En algunos casos, les contaba chistes y lograba que soltaran una carcajada. Los

veía entrar a sus trabajos o volver a sus casas con una sonrisa. Ahora en las tardes y noches, se escuchaba un pequeño murmullo, de un pueblo algo más vivo.

Con algunos tintes que vi que estaban allí abandonados en una fábrica de telas, preparé algunas pinturas y comencé a pintar las fachadas de algunas casas, dándole color a aquel pueblo. Ahora habían casas rojizas, azules, amarillas, verdes y rosadas. Cada día había algo nuevo, alguna situación particular, risas y ganas de hacer las cosas. Pasé 2 meses más en aquel pueblo. Las personas me hablaban, sonreían, saludaban y el pueblo que creía ser un pueblo eficiente viviendo como máquinas configuradas para hacer las cosas de una única forma, sin variar, se volvió más eficiente cuando logró ser feliz haciendo el trabajo, disfrutándolo y disfrutando su vida. Sonriendo.

No era yo el que los cambió, ellos me demostraron que esa vida que llevaba estaba tan mal enfocada. No tenía por qué vivir tratando de ser más eficiente y lograr tantas cosas superficiales. Ser feliz, vivir y disfrutar lo que uno hace es el mayor secreto para que los logros lleguen a la vida por añadidura. Volví a casa y cambié mi vida. Comencé a vivir, al fin.

CUENTO

CATEGORÍA "D"

3<sup>er</sup> Puesto  
Luis Yáñez García



## “Una historia de Soledad”

Por irónico que suene, la Soledad nunca había estado sola.

Desde los tiempos del mito, cuando muchos la llamaban Sinope, allá donde los habitantes de los pueblos antiguos que formaban lo que hoy conocemos como Grecia, la diosa de la soledad siempre gozó de compañía y en esa era, incluso, llegó a disfrutar de cierta dosis de adoración. Nunca fue tan conocida como Zeus y los demás dioses que habitaban el monte Olimpo, pero encontraba gran satisfacción en ese grupo selecto, como los consideraba ella, de seguidores acérrimos que no le temían, sino que, por el contrario, la buscaban con vehemencia.

Siglos después, incluso, llegó a ser considerada un estilo de vida, donde tanto hombres como mujeres, los más virtuosos de la época, abandonaron sus pueblos de origen para vivir en medio de tierra desértica en las lejanas Siria y Egipto, principalmente, para llevar una existencia sin igual, admirada para esa época. “Monjes”, les llamaron algunos, que en su traducción vendría a significar algo parecido a lo que hoy conocemos como “solitario”, una especie de virtud. Nunca tuvo tanta compañía.

Tuvieron que pasar más de tres mil años para que se perdieran todas estas buenas costumbres, pensaba la Soledad, y los humanos empezaran a señalarla como algo enfermizo, siendo rechazada y etiquetada como un sentimiento negativo, como una carencia. Señalada. Etiquetada. Nunca se sintió tan humillada.

Pasó a ser, para su total desconcierto, comparada con la Muerte, a quien ella despreciaba. ¿Cómo podrían estos seres inferiores insultarla de esa vil forma? A ella, que durante centurias los había acompañado. Compararla con la Muerte, refunfuñaba indignada, que significaba la ausencia de todo, el vacío absoluto, incluso de lo que representaba la esencia de la soledad.

La voluntad humana solía ser más grande, pensaba en ocasiones. La carencia de todo lo superficial e innecesario era una situación voluntaria, y en ella, los humanos solían

encontrarse cara a cara con ella en zonas del pensamiento no habitadas, y, como recompensa por encontrarla, los ayudaba a alcanzar pensamientos profundos que inspiraron muchas de las grandes hazañas de las que hablan hasta hoy.

Hoy, con este nuevo estigma de orfandad impuesto como sinónimo a su nombre, se siente más sola y evitada que nunca, sin ser capaz ella misma de encontrar un sentido a su existencia.

Tal vez por esto es por lo que se fijó en ella, reflexionó mucho tiempo después. Era solo una niña, como millones que existen en esa esfera material que llamaban Tierra. Sin embargo, podía sentir en esa pequeña el afán por la búsqueda profunda de la separación de lo material y mundano, la misma que había sentido alguna vez en mentes como la de Ulises, Hipatia de Alejandría, Leonardo, Marco Aurelio, Maria Salomea o más recientemente Amelia Earhart y Sally Ride. Una serie de preguntas que propiciaban la búsqueda de respuestas que la llevaban, como llevó a todos los anteriores, por los caminos de la soledad deseada, aquella que profundiza en el pensamiento y, por lo tanto, le permitía ingresar a sus dominios, aquellos donde podía influenciar con soplos de genialidad a aquellos a quienes consideraba dignos de su influencia.

Empezó a poner migajas en su camino. A la niña le gustaba leer, por lo tanto, decidió presentarse en sus sueños para inspirarla a encontrarse.

—En los mitos antiguos podrás encontrar respuestas, le susurró entre sueños. —¿Qué respuestas? ¿Quién eres? —preguntó la niña.

—No soy muy popular —respondió la Soledad —pero los dioses que tiran rayos y luchan contra los malos para proteger a las personas débiles, son los mejores.

—¡Eso quiero yo, quiero ser como los mejores! —exclamó en su sueño la niña.

—Entonces debes leer sobre las hazañas y proezas de héroes antiguos. En ellos encontrarás un camino de coraje y esfuerzo que recompensa a las valientes que deciden tomarlo —siguió recomendando la Soledad.

—¿Te encontraré allí y podré conocer quién eres? —preguntó la niña.

—Solo si sabes buscar —respondió la Soledad.

Durante meses, la niña devoró todos los tomos que encontró sobre el tema. Desde historias, poemas, enciclopedias e historias de fantasía relacionadas con esta época, la cual consideraba que era la mejor de todas sobre las que había estudiado hasta ese momento. Le gustaba en particular las historias de Percy y sus amigos, pues era una forma moderna y cool de entender a los dioses griegos y toda la retahíla de hijos, primos, nietos y sobrinos que estos parecían tener.

Sin embargo, pasaban los meses y estos se convertían en años, y a pesar de las lecturas recomendadas, la Soledad no lograba despertar en la niña ese interés mayor, por encima de lo mundano, por encontrarla y entablar una conversación real. Siempre era desplazada por fiestas de cumpleaños, partidos de básquet, conversaciones de celular interminables con las también interminables amigas de los interminables grupos a los que pertenecía. Ni que decir del PlayStation, Xbox, Nintendo y demás consolas de videojuegos electrónicos donde parecía ensimismarse hasta el hartazgo, perdiendo el interés por el mundo real y sobre todo por el potencial de ser y hacer cosas mayores.

Cuando tenía la esperanza, ya en estado de coma, fue justamente uno de estos elementos distractores y mundanos lo que la acercó nuevamente a ella. Un nuevo videojuego había llamado su atención y estaba basado justamente sobre las proezas de Leónidas y sus 300 espartanos.

Fue tan grande la curiosidad y la admiración de la niña al conocer la historia detrás del juego, que en su siguiente cumpleaños decidió escoger como regalo un viaje a Grecia. Quería conocer, sentir, oler, tocar, caminar y vivir en aquella tierra que pisaron héroes tan grandes.

Decidió la Soledad acercarse nuevamente:

—¿Acaso has olvidado tus deseos de proezas? ¿de alcanzar lo que otros no pudieron?  
—le preguntó en el silencio de un rincón del museo de Delphi, o de lo que quedaba de este.

—¿Tú de nuevo? Pensé que era la imaginación de la niña que era cuando conversamos por última vez —respondió la adolescente que se había convertido después de esos años.

—Nunca me fui —respondió la Soledad.

—El tiempo no transcurre igual para nosotros, y mientras yo pueda tener la paciencia del infinito, tu tiempo en este mundo se terminará, tus fuerzas te abandonarán y con ellas las opciones de intentar alguno de los emprendimientos con los cuales alguna vez soñaste.

—Pero todo era un sueño, ideas de niña que las personas siempre tenemos. Ya no tengo tiempo para pensar en esas cosas, ahora debo enfocarme en terminar bien el año escolar y postular a la universidad. —respondió, insegura, la chica.

—Sin embargo, es justamente en esta etapa del camino donde puedes tomar las riendas de tu destino, y retar a la diosa Fortuna para forjar tu propio camino —exclamó con tono apasionado la Soledad.

—Todo esto suena muy bien, pero no sabría por dónde empezar —respondió, expectante, la chica.

—Yo te puedo ayudar, pero debes dejar atrás todas las cosas que te impiden avanzar —explicó la Soledad. Debes desear encontrar en tu interior tu propio destino, lejos de las rutas trazadas para ti por personas que abandonaron sus sueños y expectativas.

—No sabría cómo hacerlo —respondió la chica.

—Debes buscarlo en la soledad de tus pensamientos y tu corazón —respondió la Soledad.

Pasaron los años y la niña que se convirtió en adolescente ahora era una mujer completamente adulta, que había olvidado estas conversaciones (¿existieron alguna vez?) y también sus sueños y ambiciones de proezas libres de las necesidades materiales que el mundo de hoy les exige a todos los humanos sobre la faz de la Tierra. Vivía para su trabajo (¿o era que trabajaba para poder vivir?) y para cumplir el resto de responsabilidades autoimpuestas en los últimos años. Como parte de su rutina, decidió limpiar unos cajones que no había atendido por mucho tiempo, esperando eliminar el polvo y tal vez realizar alguna donación de caridad, cuando se encontró con su colección de mitos griegos, y recordó de golpe, como un aluvión entrando sin avisar, todo aquello que había olvidado y dejado en el camino. ¿O era acaso que lo había perdido, sin remedio ni razón, por simple descuido?

Tomó la resolución de dejar todo y salir a buscar lo que sea que había olvidado o perdido, sin saber qué era aquello. Abrió un mapa antiguo y, revoloteando con el dedo, escogió un destino desconocido y sin aparente motivación, hizo maletas y empezó a manejar el auto por una ruta que, por primera vez en muchos años, sentía que era escogida por ella sin pensar en una necesidad u obligación artificial.

Conoció en su camino muchos lugares, personas, monumentos y costumbres, pero en ninguno encontró la respuesta que esperaba. Siguió su camino hasta llegar a una ciudad llamada Huaraz, en la sierra peruana, un lugar tan pintoresco como alejado de todo lo que conocía y solía frecuentar.

A pesar de haber conducido por más de ocho horas, sintió unas ganas incontrolables de salir a caminar sin destino, de respirar la ciudad y continuar esa ruta desconocida pero decidida por ella misma, como debió ser siempre. Pasaron las horas y oscurecía el día, cuando de pronto se encontró con un templo que por su antigüedad no supo definir qué era. Estaba deshabitado, con la fachada caída y el suelo descascarado por los años y la falta de cuidado. Decidió entrar a pesar de todo, y se encontró con lo que

parecía haber sido el interior de una parroquia católica, a decir por el altar y las imágenes en las paredes que lograba descifrar.

Había sido criada en la Fe católica, aunque no practicaba las costumbres enseñadas por sus padres. Sin embargo, en ese templo no se sintió como en otros que había visitado en navidades o celebraciones puntuales, pues estaba vacío e inundado de un sentimiento desolador en parte, pero familiar y cálido en alguna forma que no sabía identificar. Arrebatada por la incertidumbre, se sentó en una de las bancas y se entregó al silencio y a la paz que este lugar le generaba en el fondo de su agitado corazón, aunque expectante de entender o descubrir qué había detrás de todas las emociones que acumulaba en ese momento. Empezó a reflexionar sobre su vida, sus decisiones tomadas y las descartadas; los caminos que siguió, pero también aquellos que omitió o rechazó, ya sea por temor o por las cadenas que en forma de responsabilidades había atado ella misma a sus pies. Fue un momento de arrepentimiento y orgullo, de alegría y tristeza, pero sobre todo, de aceptación, y conforme avanzaba en esa reflexión, sentía que iba cayendo (¿o escalando?) en un terreno desconocido, un lugar donde solo importaban sus pensamientos y sus decisiones, donde todo lo que quería hacer estaba bien, era bueno y le daba satisfacción; donde no tenía más límites que los que ella misma se imponía y tenía el poder de moldear el mundo, su mundo, a su antojo, sin temores, barreras ni reproches.

En ese momento, se dio cuenta que no estaba sola, que todo era parte de una conversación que había iniciado muchos años atrás y que, como una película o un videojuego, había pausado de forma indeterminada, donde su compañera de viaje había estado esperando todo este tiempo, también sola, pero eternamente acompañada.

—Bienvenida, Soledad.

# Poesía

Categorías:

A, B, C y D



POESÍA

CATEGORÍA "A"

**1<sup>er</sup> Puesto**  
**Valeria Mayta Zegarra**  
**5° "A"**



### **“Mi dulce hámster”**

¡Oh dulce miel!, pequeña, risueña,  
siempre dispuesta a ayudar  
y nunca promoviendo el mal.

¡Me dejaste!, ¡me olvidaste!, ¿cómo lo dejé atrás?

Hermoso hámster, el vacío que dejaste,  
nada lo podrá llenar  
y aunque no estés ahora para abrazarte,  
recuerda que nunca te podré olvidar.

Pequeña amiga, vuelve conmigo,  
pero, aunque no lo puedas hacer,  
un camino te daré para volver tú a mí,  
yo a ti y así hasta el fin.

POESÍA

CATEGORÍA "A"

**2<sup>do</sup> Puesto**  
**Sofía Silva Bermudez**  
**5° "C"**



## ¿Cuándo creciste?

Quiero volar  
con sueños estar.

Quiero jugar  
en el recreo gritar.

Quiero estudiar  
y el mundo mejorar.

Niña querida,  
¿Cuándo creciste?

Este es un viaje de vuelta e ida,  
lleno de aventuras, experiencias y chistes.

Quiero leer libros  
que sean maravillosos.

Quiero disfrutar  
especialmente la vida.

Niña querida,  
¿cuándo creciste?

Este es un viaje que dura toda la vida.

Hay mil opciones  
escoge una  
volarás a la luna.

POESÍA

CATEGORÍA "A"

**3<sup>er</sup> Puesto**

**Anna Villavicencio Nikitina**

**6° "B"**



## **“El sueño”**

Estaba subiendo las escaleras,  
no veía el final ni el comienzo.

No sabía distinguir los colores entre blanco o negro.

Cada vez la vista se ponía más nublosa,  
no podía ver correctamente los escalones

Tres, cuatro, seis...

Pensando en el final vi a una persona,  
casi al tocarla me desperté en una camilla

viendo arriba las paredes blancas  
del hospital.

POESÍA

CATEGORÍA "B"

**1<sup>er</sup> Puesto**  
**Rafaela Lindo Gutiérrez**  
**8° "A"**



## “Nuestro capítulo”

Tantas historias por contar,  
tantos libros que leer,  
unos largos y otros cortos,  
cada uno con un mundo por conocer.

Pero tú decidiste leer el mío,  
sin importarte que tuviera espacios vacíos,  
con dolores que a simple vista se veían,  
y dolores que en cada línea se sentían.

Acariciaste sus páginas,  
como si tuvieras miedo romperlas,  
pues conocías parte de su relato,  
y sabías que podían hacerse añicos al moverlas.

Igual lo leíste completo,  
aunque te demoraras en el proceso,  
no lo juzgaste ni lo despreciaste,  
como yo creía que ibas a hacerlo.

Y le añadiste páginas al cuento,  
llenaste esos espacios vacíos,  
construiste conmigo uno y mil recuerdos,  
creando un nuevo capítulo.

POESÍA

CATEGORÍA "B"

**2<sup>do</sup> Puesto**  
**María José Vélez Aguayo**  
**8° "A"**



## Soledad

Un término bastante profundo.

Algunas personas cuando están solos en su casa sienten soledad.

Otras, a pesar de estar rodeadas de gente, sienten soledad.

Entonces, ¿qué es la soledad realmente?

¿Un sentimiento o una realidad?

¿Cómo sabes si de verdad estás solo?

Soledad es no amar nada,  
no creer en nada,  
y no esperar nada.

Soledad es no tener a nadie para apoyarse,  
no tener ningún hombro para llorar,  
ni ninguna mano que te ayude a levantarte.

Soledad es conocimiento,  
amor propio,  
autoestima.

La soledad puede ser todo o nada.

Pero esa decisión es solo tuya.

Tú.

¿Qué quieres que sea la soledad?

POESÍA

CATEGORÍA "B"

**3<sup>er</sup> Puesto**

**Brunella Canelo Gandarillas**

**7° "A"**



## El vóley y yo

Quando tomo la pelota,  
aunque no esté en la cancha,  
siento que estoy en un equipo,  
y juego a mis anchas.

He formado amistad,  
a través de este juego,  
es por eso que lo valoro,  
y siempre lo considero.

La fuerza es un punto,  
la unión es una estrategia,  
con mucha valentía,  
llegaremos a la meta.

Se perdió la timidez,  
ahora juego con rapidez,  
porque llega la revancha,  
y mi equipo se va a otra cancha.

¡Así es el vóley, se juega en mancha!

POESÍA

CATEGORÍA "C"

**1<sup>er</sup> Puesto**  
**Isabella Peralta Polo**  
**9<sup>o</sup> "C"**



## Porcelana

En el taller del alfarero, nace el arte,  
la porcelana es danza, partitura,  
un lienzo etéreo sin rasguño impuro,  
donde vida y sueño se aventuran.

Su blancura, como luna en cielo claro,  
refleja la pureza del corazón,  
y en cada curva, gracia en esplendor,  
sutil elegancia en su dulce abrazo.

En el horno de pasión, forja el alma,  
como crisol de emociones y anhelos,  
la fragilidad abraza, sin recelos,  
la fortaleza yace, en calma y calma.

Un leve quiebre, una grieta con decoro,  
no empaña su esencia, ni su valor inmenso,  
pues en cada fractura, renace el verso,  
añadiendo belleza, como un tesoro.

Así, en la finitud de lo perfecto,  
la porcelana encierra el mundo entero,  
un universo en cada poro abierto,  
reflejo de lo humano y lo discreto.

POESÍA

CATEGORÍA "C"

2<sup>do</sup> Puesto

Ana Paula Vega Moreyra

11º "C"



## Rondo Alla Turca

Mano derecha busca el paso lo más rápido posible, mientras izquierda trata de seguirle.

Las notas un problema no son, sino el constante ritmo seguirle.

La primera parte dejo que mis dedos toquen y mi cerebro disfrute y procese para el tema seguirle.

Cierro levemente los ojos con confianza; imagino que estoy en un escenario, una audiencia escuchándome... "Fa".

"Fa" no debía ser, "Mi" debió ser.

Abro los ojos desesperadamente, suspiro, un nuevo intento comienzo.

La canción terminar, en un deseo se convierte.

Mis dedos comienzan a temblar, la precisión parece escapar.

Acentos. Velocidad. Perfección... Irónico, una marcha es.

Saltan como soldados turcos, marchan en paso seguro. Ah, la marcha turca es, mas los pasos de mis dedos no son perfectos y constantes como los de un soldado.

Entre teclas mis dedos chocan; una y otra vez se equivocan. Un inmenso dolor en cada articulación.

No puedo tocar. El ritmo no ha de salirme, pero al salirme, sonrío y trato de levantar la mirada tal cual un pianista profesional haría.

Nota errónea escucho, el teclado miro, sudor en mi frente y mis manos tiemblan...

La canción terminé.

No me gustó. Otra vez.



POESÍA

CATEGORÍA "C"

3<sup>er</sup> Puesto

Fátima Cano Flores

11º "C"



## Solo fueron 4 días

Ella era tan feliz  
hasta que por sí sola intentó sanar  
el vacío que a la semana le dejaron.

¿Por qué pasó?

¿Por qué no solo olvidar y luchar?

¿Para luego arrepentirte?

¿Cómo solucionamos esto ahora?

Solo dos veces al mes,  
aunque sé que ya no es importante para ti.

Ella tenía su héroe.

Ella amaba a su héroe.

¿Ya no buscas lo mejor?

¿Qué pasó con consolar las pesadillas?

Una de ellas se volvió realidad.

¿Y los abrazos de todas las mañanas?

Extraño ser tu princesa.

Bastaron unos días para irte y desaparecer,  
y también fueron suficientes para extrañarte hasta romperme.

POESÍA

CATEGORÍA "D"

**1<sup>er</sup> Puesto**  
**Fany Zegarra Osorio**



## El Peregrino Anónimo

Entre montes y montañas  
se oyen los pasos ligeros,  
de un humilde peregrino  
que anda por el mundo entero.

¿Qué busca? ¿A dónde va?  
¿Por qué escogió ser mendigo?  
Y aunque pocos lo entienden,  
él sí sabe cuál es su camino.

Recorre pueblos y ciudades,  
pasando hambre e incomprendiones,  
llevando una gran noticia  
en medio de tantas confusiones.

¡Ánimo!, se le oye decir,  
no pierdas tu tiempo en vano,  
que pronto se pasa la vida  
y aún tienes vacías las manos.

Un día, cumplida su labor.  
¡Gracias Señor! dice con pasión,  
por ser portavoz del cielo,  
y así llegar a la Gran Mansión.

Estrella de la Mañana



**GANADORA DEL  
CONCURSO DE LA PORTADA**

*Natalia Chueco Vásquez*

8° B







# Madre Elisabeth Hanfland

Elisabeth Hanfland nació en Paderborn, Alemania, el 6 de abril de 1916. Cuando niña, mientras otros niños jugaban, ella buscó algún rincón en la librería de su padre, entrando así en un mundo de arte y grandes obras literarias que ciertamente influyeron más tarde en su vida de educadora y su vocación religiosa.

En 1936 llegó al Perú como postulante a religiosa de la Orden Santa Ursula, junto a un grupo de madres para fundar el colegio Santa Ursula. Desde entonces hasta el año 1957 se dedicó a realizar labores de profesora de idiomas, música, teatro, historia y religión. Madre Elisabeth fue nombrada en el cargo de directora del colegio durante dos periodos: desde el año 1957 hasta 1966 y desde 1986 hasta 1993. Desde el año 1976 hasta 1985 fue directora del Hogar Santa Ángela y el Colegio San José de Miramar, en donde se ganó el aprecio de toda esta comunidad.

El 15 de noviembre del año 1991 fue condecorada con la Cruz del Mérito otorgada por la República Federal de Alemania. Asimismo, el 6 de julio de 1992, el Ministerio de Educación condecoró a la Madre Elisabeth Hanfland con las Palmas Magisteriales debido a su larga trayectoria docente. El 11 de abril de 1995, el Señor la llamó para siempre a su lado y desde allí sigue guiando y cuidando a su familia ursulina.